

UNIVERSIDAD CATOLICA BLAS CAÑAS

---

DIRECCION DE INVESTIGACION  
SERIE DE INVESTIGACIONES N°3

**EL NACIONALISMO CHILENO EN  
LOS AÑOS DEL FRENTE POPULAR  
(1938 - 1952)**

**Verónica Valdivia Ortiz de Zárate**

**Santiago, 1995**

**UNIVERSIDAD CATOLICA BLAS CAÑAS**  
**DIRECCION DE INVESTIGACION**

**SERIE DE INVESTIGACIONES / N° 3**

ISSN: 0717-1730  
Inscripción: N° 94.983

Esta Investigación financiada por la Universidad Católica Blas Cañas, es el resultado de un Proyecto elegido en concurso interno, mediante la evaluación de dos pares expertos y seleccionada por una Comisión Académica de la más alta jerarquía presidida por el Sr. Vicerrector Académico e integrada por el cuerpo de Decanos de la Universidad.

Jofré 462 - Santiago, Chile  
1995

# INDICE

|   |    |
|---|----|
| INTRODUCCION .....                            | 5  |
| I. EL NACIONALISMO CHILENO DURANTE .....      | 7  |
| LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL                     |    |
| 1938-1941: LOS AÑOS DE LA INCERTIDUMBRE ..... | 9  |
| 1942-1945: LOS AÑOS DE LA FUSION .....        | 23 |
| II. EL NACIONALISMO CHILENO EN LOS .....      | 29 |
| PRIMEROS AÑOS DE LA GUERRA FRIA               |    |
| 1945-1952: ANTICOMUNISMO Y NACIONALISMO ..... | 31 |
| EPILOGO .....                                 | 44 |
| CONCLUSIONES .....                            | 47 |
| FUENTES Y BIBLIOGRAFIA .....                  | 49 |

## INTRODUCCION

El predominio de las tendencias racionalistas y universalizantes generalizadas a partir del siglo XVIII, comenzó a ser cuestionado por el Romanticismo a mediados del siglo XIX. El reinado de la razón dio lugar al surgimiento de una corriente de pensamiento que, contrariamente, exaltó valores opuestos a ese racionalismo poniendo énfasis en la importancia de lo particular y reivindicó los “derechos de la fantasía” y del sentimiento. En términos políticos, esto se tradujo en una exaltación de la idea de nación, la cual pasó a representar la “singularidad de cada pueblo, respeto a sus tradiciones, celosa custodia de las particularidades de su carácter nacional”<sup>1</sup>. La nación se volvió, así, un hecho espiritual simbolizando el “alma” de los pueblos, la cual provenía tanto de factores naturales o materiales como de valores tradicionales y ancestrales. Las raíces de esa alma debían ser buscadas en el pasado, período en el que los hombres habían sido libres y felices, pero no sólo con un sentido de nostalgia sino con el deseo de recuperar esa gloria pretérita para el porvenir. La nación antes solamente “sentida, ahora también será querida”<sup>2</sup>. Esta aspiración de futuro transformó a la idea de nación de sentimiento en voluntad, en el sentido que dejó de ser puro recuerdo para convertirse en norma para el porvenir. Voluntad en cada pueblo, es decir, conciencia de lo que se quiere.

Este movimiento, surgido en la Europa decimonónica, sobrepasó sus márgenes continentales apareciendo en otros lugares del mundo, en los cuales se volvió también fuerza creadora. En ese contexto, el nacionalismo, entendido como expresión espiritual y actitud

voluntarista, y por tanto creacional, pasó a estructurar proyectos alternativos y críticos al orden vigente, que sentarían las bases para una nueva sociedad, recogiendo la “conciencia de los pueblos”.

En el caso de Chile, en particular, el nacionalismo fue durante el siglo XIX un mecanismo legitimador del ideario liberal-republicano sustentado por la élite dirigente, sirviendo como elemento integrador de la sociedad. La creación de instituciones, de símbolos y de tareas nacionales contribuyó a asentar el sentido de nación y a desarrollar un espíritu de pertenencia.

En este sentido, los liberales decimonónicos tuvieron éxito en su tarea de construcción del Estado-Nación al posibilitar el nacimiento de la “patria” tras la ruptura con España, permitiendo la integración de los distintos sectores sociales al proyecto fundacional<sup>3</sup>. Tal carácter, sin embargo, comenzó a modificarse en las últimas décadas del siglo cuando la amplia presencia e ingerencia extranjera, tanto en materia de inmigrantes como de capitales, fue percibida como un atentado a lo nacional. Dicha influencia europea habría puesto de manifiesto la decadencia de la identidad nacional traducida en la carencia de hombres capaces de dirigir los destinos de la nación, llevando al país a un estado de crisis<sup>4</sup>.

Así, a principios del siglo XX, el nacionalismo chileno dejó de ser un factor de unidad para transformarse en una tendencia disgregadora y asociada a grupos específicos. Esto lo llevó a convertirse realmente en un movimiento político, que debió estructurar un proyecto de sociedad capaz de recoger el

---

1. FEDERICO CHABOT, *La idea de nación*, México, 1987, pp. 19-21.

2. *Ibid.*, p.73

3. ALFREDO JOCELYN - HOLT, “La idea de nación en el pensamiento liberal chileno del siglo XIX”, en *Opciones* N°9, 1988.

4. HERNAN GODOY, “El pensamiento nacionalista principios del siglo XX”, *Dilemas*, 1973.

“espíritu” del pueblo chileno y enfrentarse a las ideologías dominantes.

El presente trabajo se inserta dentro de la renovada preocupación que el nacionalismo ha despertado en los últimos años en el mundo académico, concebido cada vez más como una construcción social e ideológica. Desde la perspectiva de esta investigación, el nacionalismo es visto como una ideología que si bien alude a factores materiales tales como raza, territorio y lengua, se define más específicamente por su carácter voluntarista-creacional y, por tanto, transformador. En términos más concretos, el nacionalismo es “un pensamiento político concerniente a lo que fue la nación, a lo que es y lo que debe ser, y los medios a emplear para buscar las metas nacionales y para discriminar entre el poder del Estado y los derechos del individuo”<sup>5</sup>.

Dada la extensión y complejidad del fenómeno nacionalista, este estudio sólo cubre una parte del proceso, aquella que transcurrió entre 1938 y 1952, durante el período del Frente Popular. Esta etapa ha sido escogida por variadas razones. El año 1938 marcó el triunfo de la alianza de centro-izquierda cuando su abanderado ganó las elecciones presidenciales de ese año, derrotando a la derecha tradicional. Esta victoria significaba la llegada al poder de un tipo de coalición política que formaba parte de las estrategias comunistas dirigidas desde Moscú, con desafortunados resultados en España. Su éxito electoral en Chile, creaba condiciones históricas favorables al desarrollo de tendencias anti-internacionalistas y nacionalistas. El estallido de la Segunda Guerra Mundial en 1939, haciendo manifiesta la pujanza de los movimientos fascistas en Europa, facilitó, de igual

modo, la explosión de agrupaciones políticas cercanas ideológicamente a ellos, tanto en América Latina como en Chile. La llegada de Gabriel González Videla al gobierno chileno en 1946 en compañía de los comunistas, favoreció, asimismo, la consolidación de entidades cívico-políticas que levantaron la bandera nacionalista frente al materialismo comunista. Con ello dieron organicidad a un movimiento de vastas proporciones que renegó de la política tradicional y cuya evidencia más clara fue la elección de Carlos Ibáñez en 1952, como representante de los independientes apoyado por el nacionalismo.

En función de todo lo señalado anteriormente, el presente trabajo parte de la hipótesis que el nacionalismo chileno del siglo XX se consolidó como una fuerza más dentro del espectro político general, en gran medida por la llegada del Frente Popular al poder en 1938, el cual ofreció el marco propicio para su renacimiento y evolución tras la derrota del nazismo. Entre 1938 y 1952 es posible distinguir tres fases: una primera, entre 1938 y 1941, que se caracterizaría por un nacionalismo fuertemente influido por el fascismo europeo y por tanto, deslegitimador de la democracia liberal. En los años transcurridos entre 1942 y 1945 -segunda fase- se estaría en presencia de un nacionalismo en transición, el cual trataba de desvincularse del gran influjo europeo y autonomizarse, poniendo más énfasis en lo nativo. Por último, en la segunda mitad de la década de los cuarenta (1945 - 1952), se trataría de un nacionalismo replanteado buscando nuevas raíces culturales a las cuales asirse, que ha reconocido la necesidad de ciertos cambios que condujeran a la construcción de una democracia renovada de corte funcional

5. KALMAN SILVER, *Nacionalismo y política de desarrollo*, p 39.

## I. EL NACIONALISMO CHILENO DURANTE LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL

La crisis del orden oligárquico-parlamentario en las primeras décadas del siglo XX, fue puesta claramente en evidencia en la elección de 1920 que enardeció los ánimos y polarizó a la sociedad civil. La inestabilidad económica ocasionada por la Primera Guerra Mundial agudizó las tensiones sociales ya candentes desde comienzos de la centuria, favoreciendo la candidatura populista de Arturo Alessandri. El período de transición que se abrió con la primera presidencia del "León de Tarapacá" y que se cerró con su segunda gestión gubernamental en los años treinta, constituyó el escenario propicio para la articulación de nuevos movimientos políticos que cuestionaban el modelo de dominación implementado por los sectores dirigentes. La incapacidad de la élite para adecuarse a los cambios que la sociedad experimentaba y seguir ejerciendo el poder en forma hegemónica, creó espacios no sólo para que otros sectores sociales exigieran más participación, sino también para la estructuración de proyectos alternativos a los "oficiales". En ese plano, durante las décadas de 1920 y 1930 aparecieron propuestas de sociedad tanto desde la izquierda como de los desilusionados de la denominada derecha histórica.

El fracaso en 1931 de la opción militarista encabezada por el general Carlos Ibáñez, devolvió a los civiles la oportunidad de conducir el proceso de cambios. La carencia de un proyecto viable por parte de la élite y su falta de control sobre los grupos populares y militares, permitió una breve experiencia de corte socialista, a mediados de 1932, en

medio de una crisis económica y social generalizada. La propuesta socialista hacía énfasis en el rol activo del Estado y en su carácter solidario, frente a un modelo liberal individualista creador de profundas desigualdades y odiosidades sociales. La amplia movilización popular que la República Socialista suscitó, remeció a aquellos sectores desencantados de la política y en especial de los partidos tradicionalistas, favoreciendo su reunión <sup>1</sup>.

La experiencia socialista de junio de 1932 atemorizó tanto a la élite como a la naciente burguesía industrial-financiera y a los profesionales, quienes se convencieron de la necesidad de recuperar el control sobre la sociedad. Los intelectuales fueron el grupo más crítico de la situación a que había conducido el orden democrático-liberal, adhiriendo a nuevas opciones políticas. En este contexto de desgaste partidario y cuestionamiento de un modelo de dominación que mostraba serias falencias, es que se debe insertar el auge de nuevas corrientes tales como el socialismo y el nacionalismo, que aspiraban a una modificación del *statu quo*<sup>2</sup>.

En medio de ese clima, en abril de 1932, hizo su aparición en la escena nacional el Movimiento Nacional Socialista, a la cabeza del abogado Jorge González Von Marées. Recogiendo parte de la herencia nacionalista de principios de siglo -Nicolás Palacios, Francisco A. Encina, Guillermo Subercaseaux, Tancredo Pinochet, entre otros- el MNS izó las banderas del socialismo

---

1. Para la crisis de los años veinte y treinta, ver Raúl Atria, "Tensiones sociales y crisis económica: el caso chileno 1920-1938", en *Estudios Sociales*, N° 1, 1973. Paul Drake, *Socialism and Populism in Chile* (1986) pp. 47-70. Ricardo Lagos, "El precio de la Ortodoxia", Manuel Marfán, "Políticas reactivadoras y recesión externa. Chile 1929-1938" en CIEPLAN N° 12, 1984. René Olivares, *Derrotado* (1934).

2. VERONICA VALDIVIA, *La Milicia Republicana. Los civiles en armas 1932-1936*, (1992), pp.51-54 y 58-60.

anticomunista y del nacionalismo, intentando una “revolución moral antimperialista y antirracionalista”<sup>3</sup>. Identificaba como sujeto histórico a la nación y deseaba reemplazar los valores materiales de sus contendores por una concepción que glorificaba los valores heroicos y la virilidad. El MNS se presentó ideológicamente como una “tercera vía”, rechazando a la izquierda y la derecha (marxismo y liberalismo), tratando de superar el “conflicto de intereses entre el individuo y la sociedad”. Su propuesta, por tanto, apuntaba a la sustitución de los criterios predominantes de utilidad personal por los de servicio social, a través de una reorganización de la sociedad en base a criterios sectoriales-productivos con un modelo político corporativo que asignaba la tuición a un poderoso Estado<sup>4</sup>.

A pesar de no lograr convertirse en un gran movimiento de masas, el MNS consiguió llegar a ser un grupo político alternativo al sistema de notable importancia, pudiendo llevar representantes suyos al Congreso durante sus años de existencia (1932 - 1938) y complicando la transición a la institucionalidad republicana que en ese período dirigía Arturo Alessandri. Desde su fundación, el MNS había obtenido competitividad electoral y, más importante aún, desarrollado un gran activismo político que hacía de la violencia una herramienta central de lucha, la cual se traducían tanto en el lenguaje utilizado por sus líderes como en los sangrientos enfrentamientos con las Milicias Socialistas<sup>5</sup>. Así,

la defensa del ideario nacionalista se hacía desde la teoría como desde la práctica.

A pesar que, sin duda, el MNS fue el exponente más destacado el nacionalismo en esos años, no fue el único. En efecto, tras una fachada constitucionalista la Milicia Republicana sostenía subrepticamente una propuesta de naturaleza análoga que también partía de un concepto de decadencia del “ser nacional”, de la desmoralización del pueblo chileno. Frente a ello, la organización se levantaba como una esperanza del “renacimiento del espíritu de chilenidad”, en cuyos militantes se “arraigaría el orgullo de nacionalidad, del sentimiento vital de los grandes pueblos que hace a los hombres dichosos de pisar el suelo que los vio nacer”. La transformación se lograría a través del desarrollo del espíritu de sacrificio, del fortalecimiento del orgullo de raza, de una inquebrantable “voluntad de vencer”, puesto que la tarea última de la entidad era de “redención, de un renacimiento de una nueva raza para Chile”<sup>6</sup>.

En el caso de ambas agrupaciones había una profunda añoranza por la época que ellas percibían como de mayor esplendor de la historia de Chile; la primera mitad del siglo XIX. En ese sentido, se idealizaba la figura de Diego Portales y la República Autoritaria, pretendiéndose recrear un Estado con rasgos autoritarios nacionalistas, basado en principios tradicionales. De esa forma, se liberaría “el espíritu de la tiranía del materialismo a través de una revaloración de las virtudes heroicas del pueblo”. En tal óptica, había

3. MARIO SZNAJDER, “El nacionalismo chileno de los años treinta”, p. 174, *Mapocho* N° 32, 1992.

4. MARIO SZNAJDER, op. cit. pp. 175 yss. Para el MNS ver ERWIN ROBERTSON, *El nacionalismo chileno* (1986); “Ideas nacionalistas chilenas”, U.C.H., 1978, pp. 73-148; Jorge Zenteno “El Movimiento Nacional Socialista de Chile: Teoría y Acción Política: 1932-1938”, U.M.C.E., 1988; RODRIGO ALLIENDE, *El Jefe* (1990).

5. MARIO SZNAJDER, op. cit., p. 172. VERONICA VALDIVIA, “Las Milicias Socialistas (1934-1941)”, en *Mapocho* N° 33, pp. 164-166. Ver también el Archivo del Ministerio del Interior (AMI), Memorandum confidencial, docto. de 16-10-1935.

6. VERONICA VALDIVIA, *La Milicia...*, pp. 32-50.

que devolver su lugar a instituciones fundamentales como la familia, la religión y “la patria”, pues se trataba de una reconstrucción espiritual <sup>7</sup>.

La llegada de Arturo Alessandri al poder para asentar las instituciones republicanas y reordenar el juego partidario en la recuperada democracia política, tuvo efectos diversos. El carácter transicional que tuvo su gobierno, mezcla de legalidad y violencia, fue lo que permitió la entrada en escena de una corriente nacionalista que provenía de principios de siglo. Esta se fue conformando

lentamente para encontrar su terreno más apto en la década de 1930, enmarcada por los efectos dramáticos de la crisis económica. De la oficialidad de la Milicia Republicana, núcleo generador de las ideas antes señaladas, como del Movimiento Nacional Socialista, salieron las huestes que habrían de consolidar la propuesta nacionalista como una alternativa más y permanente dentro del espectro político chileno del siglo XX. En otras palabras, ambas agrupaciones y sus militantes constituyeron la cuna de la cual se nutriría el movimiento nacionalista en los años cuarenta, disgregado en numerosas agrupaciones.

## 1938-1941: LOS AÑOS DE LA INCERTIDUMBRE

Aunque la mayoría de los planteamientos de las entidades nombradas tenían clara vinculación con los postulados nacionalistas chilenos de principios de siglo, la influencia que el fascismo y el nazismo ejercieron sobre ellos, al menos sobre sus cúpulas, en el caso de la Milicia Republicana especialmente, fue innegable. En el MNS estaban presentes la visión elitista, jerárquica y orgánica de la sociedad, su postura anticomunista, antiliberal y el modelo corporativista de Estado. La creencia en la violencia política, la militarización, las tendencias totalitarias y la figura del líder <sup>8</sup>.

El problema del carácter genuino o propiamente nativo del nacionalismo chileno,

ha sido debatido fundamentalmente para el caso del MNS, aunque no en forma exclusiva. La discusión ha estado centrada en la fuerza inspiradora ejercida por el fascismo europeo sobre las agrupaciones nacionalistas chilenas, las cuales, desde la perspectiva de la historiografía de izquierda, no habrían sido más que vulgares imitaciones del fenómeno clásico. A pesar de ello, todos los grupos nacionalistas contemporáneos, desde el MNS a “Patria y Libertad” fueron calificados de fascistas, exaltando al “Führer criollo”, Jorge González Von Marées. A tal interpretación responden los historiadores nacionalistas, insistiendo en el estilo original de éstos <sup>9</sup>. Con todo, el auge del totalitarismo fascista en los

7. SZNAJDER, op. cit., p.180; VERONICA VALDIVIA, *La Milicia...*, pp.114 y ss. Si bien el pensamiento nacionalista estuvo siempre presente en la Milicia, encontró su estructuración definitiva sólo a partir de 1935.

8. MARIO SZNAJDER, op. cit. p.181; ROBERTSON, “Ideas...” pp.147-149; ALLIENDE op. cit., pp. 58-65. Para el nacionalismo chileno de principios de siglo, HERNAN GODOY, “El pensamiento nacionalista a principios del siglo XX”, *Dilemas*, 1973.

9. HERNAN RAMÍREZ NECOCHEA, “El fascismo en la evolución política de Chile hasta 1970”, *Araucanía de Chile* (1978). La tesis contraria es defendida por ROBERTSON, “Ideas nacionalistas...” y también en *El nacionismo chileno*; asimismo en Zenteno, op. cit.



años treinta y primer lustro de los cuarenta, constituyó un factor decisivo en las características asumidas por dichos movimientos. Si bien el fascismo, con todas las características que él implica y que lo convierten en paradigmático, sólo ha existido en Italia y Alemania, ello no ha sido óbice para que se produjeran experiencias similares en otras partes del mundo, que tomaron el ejemplo de Mussolini o Hitler. Como es sabido, en los años ya señalados surgieron muchos casos parecidos. En América Latina por ejemplo, los más destacados fueron el peronismo argentino y el Integralismo brasileño, a los cuales se los ha calificado de "populistas" por excelencia<sup>10</sup>. En este sentido, las convulsiones que caracterizaron al período de entreguerras posibilitaron la expansión de alternativas ideológicas que enfrentaron fuertemente al orden democrático. De todos ellos, el fascismo fue uno de los más importantes dado el éxito de sus primeros años en el poder. Desde ese punto de vista, los distintos movimientos surgidos en el mundo, como en América Latina y Chile, fueron parte de un fenómeno general en un momento de crisis del sistema democrático-liberal y del capitalismo.

El fascismo, por tanto, desde la óptica del presente trabajo y en este breve período que estamos caracterizando, fue un elemento central para la consolidación de la vertiente nacionalista, ya fortalecida en los años treinta en Chile. Si el MNS logró cohesionar por primera vez a esta tendencia en un movimiento que alcanzó notoriedad en la vida nacional, su consolidación como opción ideológico-política en la década de 1940 se consiguió

en gran medida por el aliento que el fascismo europeo ofrecía. En última instancia, el éxito alemán o italiano durante la primera fase de la Segunda Guerra Mundial otorgó fundamentos a los nacionalistas chilenos para insistir en una alternativa que cuestionaba a la democracia y que reivindicaba la armonía social y los valores nacionales. A partir de 1938, cuando el nacionalismo chileno debió decidir su futuro, el fascismo y el corporativismo fueron los principios a los cuales recurrió para reestructurarse.

El segundo factor que en este punto se quiere presentar como hipótesis explicativa para la consistencia que el nacionalismo obtuvo como línea política, es el marco que ofreció el triunfo del Frente Popular. La sensación de inseguridad y temor que éste provocó a la derecha tradicional y a algunos sectores del ejército, creó un clima de fuerte antagonismo cuando ambas fracciones -la desplazada del poder y la recién ascendida a él- decidieron defender sus posiciones. El duro enfrentamiento ideológico que caracterizaba la lucha política de esos años en todo el mundo, encontró también en Chile terreno fértil a raíz del triunfo de Pedro Aguirre Cerda, el abanderado frentista, quien simbolizó la llegada al poder de las "fuerzas de la anarquía". Tanto el desconocimiento inicial que la derecha hizo de los resultados electorales, como los temores ante la posible llegada de la coalición frentista al gobierno y la actitud defensiva de la izquierda por una posible usurpación de su victoria, hicieron de dicho evento un momento de fuerte polarización. Los socialistas, parte de la alianza de centro-izquierda, estaban convencidos que sería

10. Para el concepto de populismo, ERNESTO LACLAU, *Política e ideología en la teoría marxista: capitalismo, fascismo y populismo* (1986); RODOLFO PUIGGROS, *El Peronismo: sus causas* (1972); ALAIN ROUQUIE, *Poder militar y sociedad política en la Argentina* (1981); PETER WALDMAN, *El Peronismo 1943-1955*, (1981); HELGIO TRINDADE, "El fascismo brasileño en la década del treinta: orígenes históricos y base social del integralismo (1932-1937)", en *Desarrollo Económico*, 1975; F. WEFFORT, *Clases populares y desarrollo social* (1970).

necesario defender con la fuerza la conquista del poder, de lo contrario se exponían a la repetición del caso español pues "...a cada triunfo popular, la reacción se alza en armas para arrebatarlo"<sup>11</sup>. Frente a tales peligros, las ya existentes brigadas de defensa se reestructuraron y pasaron a convertirse en las Milicias Socialistas, órgano militarizado del partido, contribuyendo al ambiente general de tensión<sup>12</sup>.

La llegada del Frente Popular, tal como en España y Francia, fue una manifestación más de la decadencia de la derecha histórica para mantener su fuerza legitimadora sobre la sociedad. Esta situación, aunada a la "soberbia" e "intransigencia" con que socialistas y comunistas se preparaban para la defensa de la mayoría relativa, otorgaron argumentos a los sectores independientes de ambas tendencias para vitalizar al nacionalismo como alternativa política y "nacional", frente a la violencia a que conducía al país una derecha desgastada y una izquierda materialista, internacionalista y violentista. En pocas palabras, tanto factores de índole externa como interna permitieron al nacionalismo alcanzar firmeza y solidez y hacerse de un espacio dentro de las diferentes corrientes políticas.

\* \* \*

Si bien el MNS logró convertir al nacionalismo en un verdadero movimiento político bajo la conducción indiscutida de su caudillo, Jorge González Von Marées, hacia 1938 tal situación comenzó a cambiar. En efecto, si tuviéramos que caracterizar el estado del nacionalismo en ese período, debe-

ríamos decir escuetamente que era de crisis. El liderazgo hegemónico ejercido por Jorge González entre 1932 y 1937, fue cuestionado durante el agitado año 1938 por sus propios seguidores. Tanto la adhesión del Movimiento a candidatos para parlamentarios no miembros suyos en 1937, como el disparo hecho por "El Jefe" en el Congreso Nacional el 21 de mayo de 1938, la firma de un pacto con la izquierda chilena para unir fuerzas en defensa de las garantías democráticas y de la lucha popular "antirreaccionaria y antimperialista", iniciaron lo que se denominó "el desbande nacistá". Desde sus filas, se criticó al líder por haber abandonado la línea original del Movimiento, más aún cuando éste terminó por desconocer cualquier concomitancia del MNS con el fascismo italiano o alemán. Esta inconsecuencia de "El Jefe" tuvo su punto álgido cuando apoyó la candidatura presidencial de Carlos Ibáñez en 1938 y lanzó a una aventura macabra a 63 jóvenes para provocar un "putsh" contra el presidente Arturo Alessandri, el 5 de septiembre de ese año. La evolución seguida por la entidad a la cabeza de su máximo caudillo, terminó por minar su calidad de tal y llevó a buscar nuevas alternativas para salvar los principios que la habían originado y dado vida<sup>13</sup>.

La desaparición del MNS creó un serio problema para la corriente nacionalista, en relación a su permanencia dentro del espectro político. El nacionalismo había logrado un lugar no sólo por su capacidad de elaborar un modelo coherente y distinto de sociedad, sino también por el carisma de su líder y la fidelidad que envolvía a sus seguidores. Por lo tanto, al eclipsarse su figura tendió a

11. VALDIVIA "Las Milicias Socialistas..." p.169.

12. *Ibid.*, pp.168-169.

13. Para más detalles de la decadencia del MNS, VERONICA VALDIVIA, "Las nuevas voces del nacionalismo chileno: 1938-1942", en *Boletín de Historia y Geografía*, N°10, 1993, pp.119-139.

extinguirse uno de los nudos centrales que habían permitido su edificación. En este sentido, el nacionalismo chileno de los años treinta, encarnado por el MNS, había sufrido el fuerte influjo del fascismo, en especial del alemán. Con ello el Jefe se convirtió en el “símbolo de la idea, de la patria, es el cristo de la política colocado en su cruz, que debe llevar con valentía y sacrificio”<sup>14</sup>. Este fue uno de los legados que los herederos de la corriente analizada recibió, del cual le costó mucho desprenderse dada la importancia que había revestido, convirtiéndose en una especie de fantasma y de lastre que dificultó su renacimiento. De hecho, algunos nacionalistas reconocieron, un poco más tarde, dicha realidad considerándola un obstáculo para el verdadero papel de su doctrina. “El nacionalismo chileno ...no ha logrado desprenderse aún del hábito del calco... Al caer el nacismo criollo dejó en herencia al nacionalismo ...la psicosis del Jefe... (la cual) es una enfermedad nacionalista. Nace de la artificial jefatura germana que importara González Von Marées...”<sup>15</sup>.

Así como el símbolo del líder fue una herencia costosa, los principios inspiradores del MNS también fueron difíciles de evadir. En la práctica, los grupos que saltaron a la arena política a reivindicar la fuerza espiritual, semantuvieron ligados al ejemplo nacistista y por tanto a la influencia europea, no pudiendo elaborar una propuesta completamente autóctona. Si en todos los casos no era el fascismo el único modelo a acoger, el corporativismo fue la otra gran vertiente de la cual se alimentaron las agrupaciones nacionalistas chilenas. El corporativismo, si bien

forma parte del ideario fascista, corresponde a una doctrina que busca un cambio en la mentalidad de los pueblos para provocar una revolución intelectual. El fascismo, en cambio, más que una doctrina es acción, revolución práctica antes que ideas. El fascismo tomó al corporativismo para construir un orden político, económico y social de esa índole adoptándolo a las formas políticas fascistas; de ahí la confusión. En el caso chileno, el corporativismo tuvo amplia difusión durante los años treinta y cuarenta, principalmente por la pujanza del socialismo y del comunismo, y la importancia de la Encíclica **Cuadragésimo Anno**. En este documento, Pío XI descalificó tanto al liberalismo económico como al socialismo proponiendo el fin de la lucha social con la reconstrucción de los gremios y corporaciones medievales como instancias reguladoras de la vida económica y social, conciliando los intereses del capital y del trabajo. La Encíclica tuvo amplia repercusión entre los jóvenes católicos “formados al calor de la disputa social”, y en medios comerciales y productivos<sup>16</sup>.

Con estos legados e influencias el nacionalismo inició su reorganización. En ese plano, se estuvo en presencia de tres caminos distintos, pero en busca de la misma meta. Aquellos provenientes directamente del MNS y, por tanto, más cautivados con el ideario fascista. Una segunda y tercera línea más cercanas al corporativismo, vinculadas a la llegada del Frente Popular al gobierno en 1938. Una, sucesora de la Milicia Republicana, la otra ligada al ejército.

14. ROBERTSON “Ideas...”, p.149.

15. *Bandera Negra*, N°3, mayo 1947, pp.1 y 2.

16. GUILLERMO IZQUIERDO ARAYA, *Democracia y Corporativismo* (1936), pp.67-70; GONZALOCATALAN, “Notas sobre proyectos autoritarios corporativos en Chile: la Revista Estudios”, pp.183-187; PAUL DRAKE “Corporatism and Functionalism in Modern Chilean Politics”, pp.88-89.

El Partido Nacional Fascista fue constituido por aquellos nacistas críticos de la línea seguida por su ex-Jefe, al cual no le perdonaron su abandono de los principios originarios. Raúl Olivares Maturana, periodista y ex-comisario nacistas en Valdivia, fue uno de los cabecillas de la rebelión contra González Von Marées y dirigente del Consejo Ejecutivo del Movimiento de Nacistas Disidentes. Como fieles exponentes del MNS, los miembros del nuevo partido se dieron a la tarea de “revivir el credo fascista”, retomando lo universal de su doctrina, esto es, la fuerza del espíritu, de la sangre y de la raza. Por ello, a mediados de octubre de 1938, Raúl Olivares junto a otros antiguos compañeros formaron el Partido Nacional Fascista <sup>17</sup>.

La falta de consenso entre los principios sustentados por la oficialidad de la Milicia Republicana -la revitalización nacional- y los objetivos concretos de los miles de adherentes (cerca de 50.000) que logró reclutar -el retorno a las normas legales-, fue una de las razones más importantes que llevó a la desintegración y posterior disolución de dicha organización. Su desaparición dio lugar a la abierta manifestación del proyecto nacionalista corporativista sustentado por su dirigencia, dando vida a numerosas pequeñas agrupaciones políticas <sup>18</sup>. Parte de éstas fue el Frente Nacional Chileno.

El Frente Nacional Chileno fue creado en noviembre de 1938 por el doctor Ernesto Prieto Trucco, ex oficial de la fenecida Milicia Republicana. Al igual que su antecesora, el FNCH se organizó en base a células secretas de cinco personas “principalmente entre ex miembros de la Milicia Republicana”, levan-

tando “el estandarte de la Patria amenazada por la podredumbre moral venida desde fuera”. A su juicio, lo único tangible con el triunfo “del cacareado Frente Popular” era el reemplazo de los explotadores, razón por la cual el FNCH. salía “a la loza del combate”<sup>19</sup>.

Por último, la resistencia tanto de la derecha tradicional como de algunos círculos militares a la presencia de comunistas en el nuevo gobierno, se convirtió en uno de los factores desencadenantes del intento de derrocamiento de las nuevas autoridades encabezados por el general Ariosto Herrera, en agosto de 1939. Aquel día dicho oficial, acompañado por el ex General Carlos Ibáñez, trató de subvertir a la oficialidad y tropa de los regimientos Tacna y Cazadores para levantarse en armas contra el Presidente, intentona golpista que fue rápidamente detenida. Si bien el movimiento tuvo como justificación inmediata la solicitud de retiro al general Herrera, el complot estaba más vinculado a la política militar implementada por el Frente Popular en ese breve período en el poder, como a la oposición de sectores de oficiales nacionalistas en el ejército a la influencia “soviética” en la coalición frentista <sup>20</sup>.

Con todo, el “Ariostazo” tuvo ramificaciones que excedieron el campo militar. De él surgió el Movimiento Nacionalista de Chile, cuyos principios representaba el general Ariosto Herrera, teniendo al abogado Guillermo Izquierdo Araya como jefe máximo. Esta organización vio la luz a los pocos meses de ocurrida la sedición -el 12 de febrero de 1940-, vinculando al ejército a través del

17. D.I. 13/10/1938, p.12 y 21/10/1938, p.1.

18. VALDIVIA, *La Milicia...*, pp.99-119.

19. D.I. 10/08/1939, p.1 y 24/08/1939, p.1; *El Sol* 25/08/1939, p.5.

20. D.I. 5/07/1939 a 24/09/1939; *El Sol* 07/1939 a 25/08/1939.

general Herrera, “el hombre más sano de la política de Chile” y al “militarista y jerárquico” nacionalista Guillermo Izquierdo Araya <sup>21</sup>.

Los tres movimientos; el Partido Nacional Fascista (1938 - 1942), el Frente Nacional Chileno (1938 - 1941) y el Movimiento Nacionalista de Chile (1940 - 1942), compartieron algunos principios fundamentales. Los tres pretendían ser “fuerzas revolucionarias” para lograr su objetivo de hacer renacer el sentido de nacionalidad entre los chilenos, fuertemente amagado con la influencia comunista en el gobierno de Frente Popular. Ello, a su juicio, era producto de la decadencia que sufría el sentido de chilenidad con la notoria presencia extranjera -especialmente judía-, produciendo una intensa “crisis espiritual”, reflejada en la degradación que afectaba a las instituciones nacionales, el relajamiento de la moral y de la disciplina <sup>22</sup>.

Esta percepción de encontrarse ante un abismo, llevó a los fervorosos y angustiados nacionalistas a reivindicar valores esencialmente emocionales, frente a la excesiva tendencia racional-materialista del liberalismo y del marxismo. De allí que en las tres entidades sea posible encontrar un llamado a revalorar y revivir el espíritu de sacrificio, puesto que la lucha (misión) implicaba mártires y sangre que señalaban “el camino del triunfo de un ideal superior”, según el PNF. Asimismo, dentro del ritual oficial del Movimiento Nacionalista de Chile, se consideraba que estaba amaneciendo un “nuevo día”, los “destellos de una nueva época intensa porque grupos de chilenos desafiaban un orden

podrido. Sobre la América Virgen se (erguía) una doctrina de sangre y hierro” <sup>23</sup>. En esta misma línea, se insertaba la exaltación al heroísmo como parte de la mística patriótica, en la cual “cada chileno entregaba a la colectividad la totalidad de su capacidad, de sus medios y de su acción”. Se entregaba también “la vida porque con (el) emblema (de la cruz) se obtendría el triunfo y la supremacía de la chilenidad”, toda vez que “un pueblo entero reclamaba su destino, un futuro que era de gloria y heroísmo <sup>24</sup>.

Los tres levantaban como bandera de lucha el nacionalismo, aunque el PNF reivindicaba adicionalmente el fascismo, haciendo de la nación chilena, de la patria, el punto de unión en torno a valores y tradiciones ancestrales. El nacionalismo era entendido como patria, fuerza creadora en tanto transformaría el orden establecido; selección y actitud romántica como respuesta al materialismo marxista proclamando al cristianismo como fuerza moralizadora <sup>25</sup>.

En síntesis, en este rescate del espíritu, del sentimiento y de la mística, el nacionalismo chileno de fines de los años treinta y principios de los cuarenta, reafirmó sus argumentos de existencia frente a lo que percibió como el triunfo del materialismo y la exacerbación del internacionalismo, los cuales ponían en peligro los fundamentos e instituciones representativas de la chilenidad.

En ese sentido, a fines de los años treinta se produjo un florecimiento nacionalista que estuvo relacionado con la sensación de amenaza que invadió a amplios sectores

21. D.I. 25/02/1940, p.17; *Ercilla* 28/02/1940, p.6.

22. D.I. 24/08/1939, p.17 (FNCH.); *La Patria* 02/06/1939, p.4 (PNF.); PNF, *Plan de Acción* (1940) p.9; MNCH, *El MNCH pide tu concurso* (1940), p.1.

23. PNF *Plan de Acción*, p.9; MNCH AMI, *Memorándum de Investigaciones*, Memo. 418, s/f.

24. FNCH D.I., 24/08/1939, p.17.; PNF *Plan de Acción*, p.19; MNCH AMI, 1941, Memo 418, s/f.

25. FNCH D.I. 24/08/1939, p.17, MNCH, *El MNCH pide tu concurso*, pp.6-7; PNF *La Patria* 17/06/1939, p.4.

críticos del sistema político-partidario, al cual culparon de la penetración soviética. Esta habría sido la responsable de los agravios inferidos a instituciones fundamentales de la República arriesgando las bases de la chilenidad. Uno de los hechos que más reacciones suscitó fue el cambio del juramento a la bandera que debían rendir los miembros de las Fuerzas Armadas el 9 de julio de 1939, decidido por el gobierno frente populista. Esto fue visto por los nacionalistas como una falta de respeto a la tradición “que es lo menos que se les puede exigir a los gobernantes. ¡No será raro ver mañana transformada la Canción Nacional de Chile!”. El ejército, además, habría sido agraviado con la existencia de las milicias socialistas que ofendían su prestigio y con la presencia de “banderas rojas” en actos oficiales<sup>26</sup>. La nacionalidad peligraba también, a su juicio, con la “invasión judía”, grave amenaza para la soberanía, la civilización cristiana occidental a la cual pretendían destruir “estimulando los vicios y defectos humanos para aniquilar la conciencia espiritual de los pueblos”. Eran también enemigos de la chilenidad todos los grupos de inspiración marxista pues eran una “lepra descastada ...que destruía los gérmenes de fidelidad y amor a la patria...”<sup>27</sup>

Estas expresiones, entre otras, demuestran cómo la llegada del Frente Popular provocó “miedos” ante la fragilidad en la cual se encontraban los pilares fundamentales de la nación. De allí que el nacionalismo entendiera su lucha como una reacción espiritual frente al peligro que acechaba a su raza, valores, instituciones, tradiciones; razón por la cual irían “tras la grandeza que forjaron

otros días, generaciones de titanes...”<sup>28</sup>. En esta actitud es posible percibir tanto un sentido de añoranza por una época “gloriosa” de la historia nacional, o al menos así percibida, pero también la determinación de recuperar esa felicidad pretérita para el presente y el futuro. En otras palabras, la inevitabilidad de un proyecto<sup>29</sup>

En la estrategia utilizada para crear ese mundo ideal y de felicidad ulterior estuvo la debilidad de los movimientos nacionalistas chilenos, en tanto se carecía de una plataforma propia. Los grupos analizados en esta fase si bien fueron capaces de estructurar un proyecto distinto de sociedad, se vieron fuertemente influidos por el fascismo o el corporativismo, manteniendo los principios que habían guiado al nacionalismo de los años treinta.

En los grupos estudiados es posible observar una visión selecta y jerárquica de la sociedad. En efecto, para ellos el ejercicio del poder debía estar en manos de una minoría, los hombres más “capaces y responsables”, pues los gobernantes serían elegidos “entre los mejores y por los mejores”, toda vez que era “la cabeza y no el cuerpo la que debía mandar”. En esa óptica, los conceptos de democracia y aristocracia no eran antagónicos porque la segunda era la resultante obvia de una “democracia sana”<sup>30</sup>. Por tanto, la crítica estaba dirigida a la democracia liberal en tanto ella no era la expresión de la voluntad ciudadana de la mayoría.

Para lograrse la magistratura de la élite sería necesario modificar el carácter de la

26. *La Patria* 08/07/1939, p.3; *El Sol* 25/08/1939, p. 1.

27. *La Patria* 02/06/1939, pp.1 y 4; 24/06/1939, p.2; 17/06/1939, p.1.

28. *La Patria* 05/08/1939, p.4, HONS KOHN, *El Nacionalismo. Su significado y su historia* (1966).

29. FEDERICO CHABOD, *La idea de Nación* (1987), p.73.

30. MNCH, *El MNCH pide...* p.3; *La Patria* 07/10/1939, p.4; 10/06/1939 p.2.

educación, en cuanto ella debería preocuparse de inculcar a los ciudadanos “los conceptos de jerarquía y disciplina”, pues se trataba de encauzar a la sociedad por un camino de orden y respeto, logrando la armonía social<sup>31</sup>.

De la misma manera, existía en estos grupos la concepción orgánica de la nación y del Estado como su representante. Tanto para el MNCH como para el PNF, el individuo no era un átomo aislado del resto del conjunto social sino un miembro integrante de un organismo. Por ello se constituiría un Estado orgánico, “regulador y propulsor de las actividades nacionales”, pues tomaría sobre sí la representación de la colectividad<sup>32</sup>.

En relación al sentido anticomunista y antiliberal característico del fascismo, estuvo claramente presente en estos grupos que intentaban rescatar al nacionalismo, encontrando en dicha doctrina su sostén. Tal como sus símiles europeos, el nacionalismo chileno rechazó los conceptos de derechas e izquierdas, presentándose como una tercera alternativa. Desde su perspectiva, la lucha del antiguo orden bajo “el orgullo cientifista” y las fórmulas económicas y políticas del liberalismo habían provocado, el nacimiento del socialismo como un intento de atenuar las desigualdades creadas. No obstante, era necesario algo más que una mera reforma “parcial”: se necesitaba una ordenación nueva para seguir viviendo; de ahí la urgencia de una “revolución”. La primera solución habría venido del “Asia Bárbara” mientras la segunda provendría de Roma; “el corazón eterno de occidente”<sup>33</sup>. El enfrentamiento era

entre el comunismo y el fascismo -el mal y el bien- frutos de un liberalismo responsable de la descomposición de la cultura occidental.

El anticomunismo no estaba relacionado solamente con el problema de los conflictos de clase y la consiguiente división social, ruptura de la armonía y atropello al sentido nacional, sino también con la identificación de dicha doctrina con el judaísmo. Como heredero del período anterior y sumergido en una etapa de incertidumbre e inestabilidad, el nacionalismo de esta primera parte de los años cuarenta mantuvo su tradicional antisemitismo.

Se planteaba que la alta presencia de judíos en Chile implicaba una amenaza a la soberanía nacional, puesto que se apoderaban no sólo de las riquezas del país, sino, más grave aún, al ser los creadores, “organizadores y sostenedores del comunismo en todo el mundo”, socavaban los pilares de la nacionalidad. Todo lo anterior, por supuesto, era parte de los afanes hegemónicos característicos de la raza judía para dominar el mundo. Por lo tanto, al detener al avance comunista se malograban también los ímpetus dominadores de los “sabios de Sion”<sup>34</sup>.

La lucha por la salvación del espíritu, de la raza y de la tradición que significaba la tercera alternativa reclamada, implicaba de suyo la transformación de la sociedad. Para responder al liberalismo desacreditado y al comunismo destructor de la nacionalidad, propusieron un modelo corporativo de Estado que permitiera superar las divisiones producidas por las otras ideologías.

31. *La Patria* 07/10/1939, p.4.

32. D.I. 25/02/1940, p.17; *La Patria* 30/09/1939, p.2. Esta concepción no aparece en el FNCH.

33. *La Patria* 17/06/1939, p.2. Para el MNCH “El nacionalismo es la antítesis de la antipatria porque ha jurado luchar hasta la muerte contra el judaísmo y sus fuerzas aliadas, especialmente el comunismo que amenaza sumir al país en la más espantosa dictadura del proletariado”, en *El MNCH pide...*, p.6.

34. MNCH AMI, 1941, Memo 621, 418 y docto. de 3/08/1941; PNF, *La Patria* 2/06/1939, p.3; 10/06/1939, p.3.

Si el nacionalismo chileno tenía una visión orgánica de la sociedad, evidentemente ella no era un ente abstracto sino una colectividad nacional, esto es, “una entidad superior con una personalidad distinta de la suma de individuos que comprende y con fines propios”. La nación sería “creadora de fines supremos y el Estado el instrumento para su realización”<sup>35</sup>. La colectividad, por tanto, estaría repartida en diferentes “categorías de individuos” para cumplir distintas funciones sociales; dichas categorías serían las corporaciones. De acuerdo al líder del MNCH, Guillermo Izquierdo Araya, las corporaciones serían “los órganos naturales por medio de los cuales se expresa y se manifiesta la vida nacional”<sup>36</sup>. Dado que las funciones sociales a las cuales se estaba aludiendo incluían lo económico, lo político, lo social, lo judicial, es decir, una pluralidad, cada individuo del cuerpo social debía participar en alguna de ellas.

Sin embargo, para el feliz logro de los fines de la colectividad, estas distintas funciones sociales necesitaban de dirección, estímulo u orientación, razones de ser del “nuevo” Estado, el corporativo. La estructura política del “Estado de mañana, deberá forzosamente descansar en los organismos que representen el trabajo nacional”: familia, gremios, corporaciones. El Estado era concebido como la “corporación de las corporaciones”, y debería cumplir tanto funciones propias de la “Corporación-Estado” (defensa nacional, política exterior, orden interno) como funciones de coordinación y equilibrio entre las demás<sup>37</sup>.

En relación a la existencia de los partidos

políticos, ellos serían reemplazados por los gremios. Esta referencia a “reemplazo” y no supresión plantea algunas diferencias entre los grupos analizados. El PNF, fiel seguidor del fascismo, se catalogaba como “totalitario” porque confiaba la dirección política de un pueblo a un solo partido y exigía el concurso integral de la nación. En cambio, el énfasis hecho por el MNCH en su distancia respecto del fascismo y su carácter eminentemente nacional, lo llevaba a rechazar el monopartidismo fascista y a plantear que las colectividades partidarias serían colaboradoras en el “gobierno del Estado, exclusivamente en el terreno político”. Esto sirvió al profesor Erwin Robertson para sugerir que existían diferencias entre el nacionalismo de Izquierdo y del MNCH y el fascismo de partido único, a pesar de lo cual reconoce que dicha posición podría ser aceptada por ellos si efectivamente se producía una revolución<sup>38</sup>.

En materia económica y social, el nacionalismo de esta fase siguió considerando que tanto el capital, la propiedad privada y el trabajo tenían una función social, es decir, de utilidad para toda la colectividad. En ese plano, lo que debía primar en todo grupo humano era el interés general, lo cual derivaría en la armonía y justicia social. Por ello, se aceptaba el derecho a la propiedad sólo con las limitaciones de los principios antes señalados para lograr la unidad y el equilibrio deseado entre el capital y el trabajo. La producción y el comercio serían orientados, dirigidos y controlados por el Estado; se extirparía el capitalismo parasitario obligándolo a invertir en actividades útiles para la nación. Se tendería a la supresión de “los trust y los carteles” y la formación de un

35. GUILLERMO IZQUIERDO A., *Democracia y Corporativismo*, citado por ROBERTSON “Ideas...”, p.174.

36. *Ibid.*

37. *La Patria* 30/09/1939, p.2; ROBERTSON “Ideas...”, p.181.

38. *La Patria* 17/06/1939, p.4; ROBERTSON “Ideas...”, p.189.



capital nacional. El crédito también tendría una función social regulada por el Estado, como también la previsión social. Si bien la economía estaría bajo el control del Estado, éste no adoptaría la forma de empresario - como fue el caso soviético- sino en los casos de “grandes servicios como los de transporte y de comunicaciones...”<sup>39</sup>.

Conforme a la búsqueda de armonía social, el nacionalismo consideraba al trabajo un derecho pero también un deber y, por tanto, ocupaba un lugar central en el proyecto de nueva sociedad. La solución del conflicto de clases pasaba por un reconocimiento de éste y de “todos los derechos a que (eran) acreedores (los trabajadores) como hombres y como cooperadores a las funciones del capital”<sup>40</sup>. Se planteaba como imprescindible la sindicalización obligatoria, con arbitraje de tribunales emanados de los gremios y corporaciones y controlados por el Estado, razón por la cual estarían prohibidas las huelgas. El trabajo sería asimismo, la “única fuente de derechos políticos los que han de ejercerse dentro de los gremios y corporaciones”<sup>41</sup>.

Uno de los rasgos distintivos del fascismo fue el uso de la violencia, adoptada por ellos casi como una “religión”: una violencia organizada, no primaria; brutal, no apasionada<sup>42</sup>. En el caso chileno, los nacionalistas también creyeron que mediante la utilización de ésta podría enfrentarse victoriosamente a los enemigos. Con todo, la violencia no fue entendida por igual entre los grupos estudiados: para los sucesores del nazismo, PNF, ella

era usada “en defensa de nuestros ideales y de nuestras vidas ...¿o cree usted que es cristiano admitir el atropello, la injuria y hasta el intento de asesinato sin manifestar una lógica actitud de defensa?”. Aquí no pareciera haber una concepción de la violencia como la fascista clásica, en tanto no se observa la intención de aniquilar física y moralmente a los enemigos a través de ella. La violencia aparece más como parte de su lucha contra el “mal”, el cual podría ser derrotado con un espíritu guerrero, violento y belicoso pues “la lucha es vida”<sup>43</sup>. En el caso del MNCH, la violencia era parte de la misión de redención nacional y, por tanto, la organización de cuadros de combate era imprescindible, como las “hachas de guerra” para oponer “la violencia a la violencia, la bala a la bala y la metralla a la metralla”<sup>44</sup>. A pesar de esta disposición al enfrentamiento, las tres organizaciones ponían más énfasis en su proyecto transformador de la sociedad, a través de una organización corporativa funcional y de renacimiento espiritual, que en la fuerza. Ello puede haberse debido a la debilidad de penetración de esta parte del discurso en los militantes, a los cuales interesaba preferentemente el éxito en el cambio de sociedad y menos la militarización. En la práctica ella carecía de verdadero arraigo entre los integrantes de estas agrupaciones por lo que se les reconvenía constantemente. Debe considerarse que la violencia fascista estaba relacionada con el sentido de acto supremo que tenía la guerra y la preparación efectiva del pueblo para la misma -militarización-, aspec-

39. D.I. 25/02/1940, p.17; *La Patria* 17/06/1939, p.4; PNF *Plan de Acción* pp.12-16. En el caso del PNF la similitud con el caso alemán es notable, ver CHARLES BETTELHEIM *La economía alemana bajo el nazismo* (1977).

40. *La Patria* 10/06/1939, p.2; PNF *Plan de Acción*, p.14.

41. D.I. 25/02/1940, p.17. Para el FNCH, los gremios y sindicatos deberían “jugar el verdadero y noble papel que les corresponde y dar a través de ellos, a la masa ciudadana parte activa y consciente en el manejo de su destino”, ver D.I. 24/08/1939 p.17.

42. ERNST NOLTE, *El fascismo en su época* (1967); pp.90.92.

43. *La Patria* 24/06/1939, p.2 y 10/06/1939, p.1.

44. AMI 1941, Memo 418 del 17/09/1941.

to no presente en el caso del nacionalismo criollo. De ese modo, esta violencia podría ser interpretada como parte de la doctrina global pero sin peso real <sup>45</sup>.

Tal como se indicó anteriormente, el peso del líder fue uno de los que mayor influencia ejerció, razón por lo cual el nacionalismo de fines de los treinta no pudo desprenderse de dicha herencia. En los tres grupos analizados, es posible contemplar la existencia de un "Jefe" a quien se tendía a identificar con el movimiento y, por ende, con el afán de redención encarnado por él. Dado que la historia de Chile del siglo XX era, desde la perspectiva nacionalista, la manifestación de la decadencia con el triunfo del parlamentarismo y del liberalismo económico, ello también había producido una crisis de hombres dirigentes, permitiendo el "reinado de la demagogia y la politiquería". De allí la justificación para la necesidad de un líder, un "hombre capaz de contener con su energía la patria que se desliza por el despeñadero fatal" <sup>46</sup>. Esta percepción del líder inducía a estos grupos a colocar a la cabeza de sus agrupaciones a hombres "probos", "luchadores", con una "capacidad intelectual...garantía para nuestras futuras conquistas", o al "hombre más sano de la política de Chile" <sup>47</sup>.

Sin embargo, la relación entre el líder y la colectividad en el fascismo europeo traspasó los rasgos señalados más arriba, toda vez que debían presentarse algunas condiciones especiales para ella. Como es sabido, debía existir una confianza absoluta

en el líder capaz de producir la obediencia a éste sin discusión; la desinstitucionalización de las normas, la conformación de una "comunidad nacional unida por la devoción personal hacia el líder" y la necesidad de corroboración y éxito <sup>48</sup>. Si bien el sentido de obediencia fue uno de los más notorios entre las organizaciones en estudio, ella no tenía el carácter de sumisión completa y exigencia de autoridad suprema, como tampoco los otros requisitos. Por ello, la cuestión de erigir un "Jefe" parece haber sido más un legado del naciismo, dado la fidelidad y carisma que Jorge González Von Marées llegó a despertar y desarrollar entre sus seguidores. En este aspecto, el fascismo jugó un rol preponderante más en apariencia que en la realidad.

Como es posible observar, entre 1938 y 1941 el nacionalismo chileno tomó varios elementos del fascismo y del corporativismo, principalmente el antiliberalismo, el antimarxismo, la visión orgánica de la sociedad, la necesidad de sentidos jerárquicos y elitistas, como la importancia de las corporaciones. La creencia en la violencia política, las tendencias totalitarias y la figura del líder fueron adoptados en alguna medida pero sin arraigo real. ¿Por qué esta disímil situación? Creemos que ello se debe a que los grupos de los que estamos hablando, también recogieron la herencia del pensamiento nacionalista de principios de siglo que se planteó revisionista en relación a la interpretación de la historia de Chile, manifestó tendencias antimperialistas y antioligárquicas, adoptó rasgos populistas, propuso reformas en la

45. AMI 1941, Of. Conf, Tomo 183, docto. del 25/10/1941.

46. *La Patria* 7/09/1939 p.2.

47. *La Patria* 7/09/1939, p.2; *Ercilla* 28/02/140, p.6. En el FNCH el "Jefe" era ERNESTO PRIETO T. ver D.I. 18.07.1939 pp.1 y 5.

48. RAINER LEPSIUS "El liderazgo carismático: el modelo de Max Weber y su aplicabilidad al régimen de Hitler", *Opciones* N°14, 1988, pp.140-141.

educación, y enfatizó la importancia de la industrialización e independencia y actitud crítica hacia los partidos<sup>49</sup>. Estas propuestas fueron reforzadas con el auge del corporativismo en los años treinta que minó aún más la confiabilidad en el sistema político vigente, especialmente en las convulsionados años del segundo gobierno de Alessandri. En el contexto de una derecha debilitada en términos de hegemonía social y una izquierda que se abría paso a pesar de las dificultades, el corporativismo prometía orden, desplazamiento de las colectividades partidarias, fortalecimiento de instituciones tradicionales como la Iglesia y la familia, respeto a la propiedad privada, armonía entre el capital y el trabajo, reimpulsando la organización gremial<sup>50</sup>. Los triunfos de Hitler y Mussolini en esos primeros años de guerra, amenazaron la credibilidad en el orden democrático-liberal inyectando vitalidad a los desencantados de la “falsa democracia”. Por eso se puede apreciar mayor influencia en puntos centrales del proyecto de transformación de la sociedad. El problema estribó en que el programa era consustancial a la relación personal con quien dirigía la renovación, el líder, en el caso europeo y al no existir ésta en el nacionalismo chileno no se pudo organizar un movimiento de masas que fortaleciera, dinamizara y diera peso efectivo a sus impulsores. De allí que al debilitarse la figura de Hitler y Mussolini al iniciarse su seguidilla de fracasos, el nacionalismo hubo de comenzar a replantearse.

Antes de cerrar este breve período se hace necesario destacar dos aspectos importantes sostenidos por los grupos analizados. El primero dice relación con el modelo social a recrearse. Retomando la línea nacionalista

de principios de siglo, estos movimientos vieron en el período de la llamada República Autoritaria (1830 - 1860) hasta el fin del gobierno de José Manuel Balmaceda (1891) los años de máximo esplendor nacional, de crecimiento económico, territorial, de paz social y de un gobierno en manos de los más preparados. Para ellos el genio de todo esto era, por supuesto, Diego Portales, “estructurador de nuestra nacionalidad y quien supo enrielar al país por las vías del progreso y de la honestidad política y cuyos contornos perduraron hasta los campos de Concón y Pacilla, donde los policastros ...ahogaron la obra gigantesca de Portales”<sup>51</sup>. Este período de felicidad pretérita era el que quería recuperarse, en tanto él había dado a Chile un lugar rector dentro del concierto sudamericano, acompañado de una hegemonía social “legítima”, todo lo cual habría fenecido con el suicidio del Presidente Balmaceda “que llegó hasta quitarse la vida antes de ver sucumbir a su patria en una anarquía política...”<sup>52</sup>. Aunque el modelo añorado pertenecía al pasado, la forma de recobrarlo y su propia recreación implicaban sin duda un cambio, no la copia fiel de aquel. Los principios inspiradores y las propuestas revelaban el acomodo a una nueva realidad social y económica, lo cual invalida cualquier interpretación mecánica de nostalgia por el ayer.

El segundo aspecto a señalar, tiene relación con las Fuerzas Armadas y el rol que ellas debían cumplir en la sociedad. Como el MNS emergió luego del frustrado ensayo militarista de Ibáñez, el tema militar no estaba presente en su discurso. Sin embargo, la drástica política militar implementada por Alessandri durante su segunda gestión y la

49. H. GODOY op. cit.

50. GONZALO CATALAN, op. cit. p.187 y ss.

51. *La Patria* 24/06/1939, p.2.

52. AMI 1941, Memo 418, docto. del 17/09/1941 s/f.

forzada implantación del constitucionalismo formal fueron creando resquemores en las filas castrenses y un profundo abismo entre el mundo civil y militar <sup>53</sup>. Dado que las Fuerzas Armadas simbolizaban los más tradicionales valores de la nación, el renaciente nacionalismo de fines de los años treinta y principios de los cuarenta adoptó como una de sus banderas de lucha, la defensa de la dignidad de las Fuerzas Armadas y del papel que debían cumplir en la sociedad. De hecho, el MNCH como ya se indicó, surgió como una forma de defensa del honor militar tras el castigo impuesto al General Ariosto Herrera por el complot del 25 de agosto de 1939.

Como se sabe, durante la segunda presidencia de Arturo Alessandri el problema de la presencia militar en política fue resuelto tanto por la decisión inquebrantable del gobierno de dominar y someter a las Fuerzas Armadas al mando civil, como por la convicción de éstas de retirarse a los cuarteles y centrar su reestructuración en torno a valores profesionales que tenderían a restituir la jerarquía y la verticalidad del mando en su interior <sup>54</sup>. Si bien hacia fines de la década de 1930 este objetivo se había cumplido en términos generales, el proceso no estuvo exento de fricciones y tensiones que estallaban cada cierto tiempo, aunque con relativa discreción. Si Alessandri pudo dominar los brotes de indisciplina que emergían de las filas castrenses, la llegada del Frente Popular quebró, en parte, el débil y tácito acuerdo entre el ejército, específicamente, y las autoridades. El ejército aceptó estoicamente las distintas medidas tomadas en relación a él, sin reaccionar violentamente. Sin embargo, el gobierno frente

populista adoptó políticas que herían valores y principios fundamentales para las Fuerzas Armadas: la eliminación de la referencia a “Dios” en el juramento a la bandera, parece haber sido vista como un intento de laicizar las tradiciones nacionales. El permiso para el libre desenvolvimiento de las Milicias Socialistas desfilando con el puño en alto tras insignias rojas, parece haber sido percibido como una “cruzada de desnacionalización”. El intento de involucrar a oficiales en los sucesos del 5 de septiembre de 1938 y en el denominado “complot del póker”, fueron resquebrajando el consenso cívico-militar en torno a la no deliberación y al sometimiento castrense. La solicitud de retiro al general Ariosto Herrera, a quien se acusó de manifestarse respecto de los fiscales militares designados en la investigación del “complot de póker” y de querer perjudicar al Ministro de Defensa en su calidad de Juez Militar, desató las tensiones latentes entre ambos poderes cuando el general Herrera se negó a presentar dicho expediente. El llamado “Ariostazo” fue la expresión de un clima de tirantez entre civiles y militares acallada tras el constitucionalismo formal, el cual desconoció a dichas instituciones cualquier función en la sociedad distinta a la seguridad exterior de la República, desterrándolo a la orfandad doctrinaria <sup>55</sup>.

La situación de aislamiento en la cual se encontraban las Fuerzas Armadas, en especial el ejército, hace que la mirada lanzada hacia ellas por el nacionalismo en este período sea clave, toda vez que fueron las primeras reflexiones incipientes que se hicieron de las instituciones castrenses luego del

53. AUGUSTO VARAS Chile, *Democracia, Fuerzas Armadas* (1980), pp.71-78; CARLOS MALDONADO “El constitucionalismo formal en las Fuerzas Armadas Chilenas: 1931-1938”, *Flacso, Docto. N° 55*, 1988.

54. VERONICA VALDIVIA, *La Milicia...*, pp.83-97.

55. D.I. 11/07/1939, p.3; 25/08/1939, p.11, *El Sol* 21/07/1939, p.1, 01/08/1939, p.3; 07/08/1939, p.1. También A. Varas “Civiles y Militares”; *Proposiciones N° 24, Problemas históricos de la modernidad en Chile Contemporáneo*, SUR, 1994.

inicio de su retiro de la política. En efecto, en su declaración de principios el MNCH especificó como uno de los mecanismos fundamentales para la defensa, vigorización y exaltación de la patria “la dignificación y el respecto a las Fuerzas Armadas”, las cuales deberían ser robustecidas en la defensa interior y exterior de la nación y “como escuela de disciplina de la ciudadanía”. Más lejos llegó el FNCH, para el cual dichos organismos estaban por encima de cualquier otra actividad dado sus antecedentes y funciones, y por ser depositarias de la tradición, honra y conservación de la integridad territorial. Todo ello identificable con la nación. Ambos aspectos llevaban al FNCH a plantear que las Fuerzas Armadas tenían como “papel primordial el ser, en todo momento, el factor estabilizante esencial del país”. En función de la importancia atribuida a ellas, estas instituciones estaban llamadas a cumplir funciones más destacadas en el mundo civil, tales como producir la disciplina colectiva, mejorar y complementar la cultura del pueblo, enfervorizar el amor patrio, cambiar el odio de clases por un sentido de “fraternal solidaridad” a través de su trabajo con los reclutas en los cuarteles, realizar obras públicas y ayudar a mejorar el nivel sanitario del país<sup>56</sup>.

Esta propuesta adquiere gran relevancia si se considera el hecho que en este período y durante toda la década de 1940, las Fuerzas Armadas abandonadas doctrinariamente por los civiles empezaron a buscar su “perfil institucional”, del que ha hablado Augusto Varas, encontrando en estos planteamientos las primeras bases para su elaboración. En efecto, cuando estas instituciones comenzaron a redefinir sus funciones en la sociedad en forma autónoma, los elementos señalados

como prioritarios fueron aquellos vinculados a su papel educacional. Las Fuerzas Armadas se autodesignaron como escuelas democráticas, se percibieron como las instituciones más aptas para rescatar el ser nacional y las amparadoras, asimismo, del comercio, la industria y el gran capital para que se dedicaran tranquila y confiadamente a sus labores productivas<sup>57</sup>. Hubo evidentemente una concordancia entre las necesidades doctrinarias de los institutos castrenses en el período y el pensamiento nacionalista que compartía con ellos la sensación de amenaza y de dignidad herida. Así como el MNCH nació como prolongación del “Ariostazo”, el FNCH estuvo fuertemente involucrado en él y varios de sus integrantes sufrieron penas de relegación, incluyendo al Dr. Ernesto Prieto, su líder.

En suma, durante los primeros años del Frente Popular el nacionalismo chileno vivió un período de incertidumbre al desaparecer su principal exponente, cuestión que marcó significativamente su reestructuración. Sin embargo, el advenimiento de la coalición de centro izquierda al gobierno agudizó la angustia de estos sectores impulsándolos a salvar dicha doctrina en el contexto del auge del fascismo y del corporativismo que ofrecieron el terreno propicio. Esto tuvo un doble efecto contradictorio: permitió su renacimiento como opción político-ideológico, pero, al mismo tiempo, le impidió crearse una base social notable y un acercamiento efectivo con la derecha tradicional, que sólo los utilizaba en momentos de elección, pero sin establecer alianzas permanentes. Ello tuvo como resultado un nacionalismo consolidado como alternativa, pero débil al momento de ejercer verdadero peso político.

56. D.I. 25/02/1940, p.17 y 24/08/1939, p.17.

57. VARAS, Chile, Democracia..., pp.79-93.

## 1942 - 1945: LOS AÑOS DE LA FUSION

La disgregación que caracterizó al nacionalismo en proceso de reorganización en la fase recién analizada, terminó al comenzar su proceso de unificación durante el año 1942. La influencia ejercida por el fascismo en ella empezó a declinar en ese año, en parte como una estrategia para enfrentar la elección presidencial. Como se enunció anteriormente, la cercanía ideológica del nacionalismo con el fascismo impedía un acercamiento con los partidos Liberal y Conservador, especialmente en el caso del sucesor del nacismo, el PNF. A la derecha no le interesaba establecer vínculos abiertos con grupos que desconocían el sistema político vigente y que eran asociados al totalitarismo europeo. Por ello sólo tomaron acuerdos con el MNCH y el FNCH, que enfatizaban su carácter nacionalista, evitando ser calificados de fascistas y con una relación estrecha con los militares. Ya para la elección complementaria de abril de 1940, el Partido Conservador contó con el apoyo de “todos los elementos que dependen de Guillermo Izquierdo...”, como también se realizaron reuniones entre el mencionado partido, el presidente del Partido Liberal - Eduardo Moore-, el MNCH y el FNCH, a través de sus respectivos jefes para conversar acerca de la forma en que enfrentarían las elecciones parlamentarias de 1941 y detener el avance de la izquierda<sup>58</sup>. Esta vinculación, no obstante, no implicaba el renunciamiento de ninguna de las dos partes a sus principios doctrinarios, sino sólo coaliciones tácticas; especialmente en el caso de los grupos nacionalistas con una escasa fuerza electoral. Por ello, al producirse la muerte de Pedro

Aguirre Cerda en 1941, presentándose el problema de la sucesión presidencial, los movimientos nacionalistas se aglutinaron en torno al candidato que más se acercaba a sus principios: Carlos Ibáñez, decisión igualmente tomada por las colectividades derechistas. A falta de un candidato propio con reales posibilidades de ganar, conservadores y liberales adhirieron a la candidatura de Ibáñez haciendo énfasis en su carácter de independiente. La campaña del ex general en 1942 giró en torno a la crítica partidista, la necesidad de subordinar los ideales doctrinarios al deber de “salvar” a la patria, las acusaciones contra el “caos” producido por el Frente Popular y la urgencia de una “autoridad firme, jerarquía, responsabilidad, probidad, justicia, espíritu de trabajo, de sacrificio”. Otro de los elementos claves del programa ibañista era el anticomunismo, idea relacionada con la unidad nacional. Se lo acusaba de ser un factor de “disolución social” y de amenazar a la nacionalidad al ser dirigida desde el extranjero, por lo que debía ser combatido “por todos los medios”<sup>59</sup>.

La coincidencia de planteamientos entre Ibáñez y el nacionalismo, llevó a los representantes de este último a sumarse entusiastamente a su campaña, formando parte de lo que fue el movimiento ibañista. De hecho, hasta el propio PNF, que siempre había defendido la abstención, adhirió igualmente al candidato que enfrentaría a Juan A. Ríos. Ibáñez representaba para el nacionalismo el anhelo de progreso moral y material el cual devolvería a Chile su prestigio y respetabi-

58. AMI 1941, Prov. Conf, Tomo 1, Memo 25, docto. del 29/03/1940 y Memo 258 de 23/10/1940; Memo 283 de 12/12/1940 s/f.

59. TOMAS MOULIAN, *Discusiones entre honorables* (1986), pp.179-195.

lidad, pues él era “el abanderado de (una) cruzada grandiosa”<sup>60</sup>.

A pesar del esfuerzo y fe desplegada, Juan A. Ríos fue elegido Presidente de la República, reafirmando, al menos en un principio, la fuerza de la centro-izquierda. La derrota de Ibáñez, sin embargo, lejos de producir el desbande de sus seguidores, fue un acicate para la formación de un movimiento más grande que reuniera a las distintas y numerosas agrupaciones que habían estado participando en la campaña.

Efectivamente, sus fieles electores consideraron que “usted ha caído en la lucha ...se ha perdido la jornada electoral pero no la batalla de Chile”. Los miembros del movimiento ibañista tenían confianza que la fe depositada en Ibáñez y su programa superarían la derrota pues contaban, a su juicio, con las fuerzas del espíritu. De allí que naciera un tácito consenso entre estos sectores sobre la necesidad de agruparse en una sola organización teniendo “como única finalidad e interés el bien de la patria”. Parte de ellos dieron origen al Partido Obrero Nacional Ibañista; otra fracción de la comitiva de la candidatura, entre los cuales destacaba Juan Gómez Millas, Jorge González Von Marées y Guillermo Izquierdo también decidieron durante la campaña formar un movimiento para unir a los “partidos jóvenes y enrolar a los elementos independientes en estos momentos difíciles para la República...”<sup>61</sup>.

Desde la perspectiva de los nacionalistas, la elección presidencial de febrero de 1942 había puesto de manifiesto “una poderosa opinión ciudadana que no encuentra la

expresión de sus ideales en ninguno de los partidos existentes”. De allí que fuera necesaria la creación de una entidad que diera cuenta de dicha fuerza la cual estaría permanentemente al servicio de Chile. Fruto de este llamado fue la constitución de la Unión Nacionalista, organismo que reunía a varios grupos de esa tendencia y numerosos independientes. La nueva agrupación nació con el deseo de formar una “fuerza popular” inspirada en el patriotismo, con el fin de devolverle a la República su fortaleza interna y su prestigio exterior. Para ello se levantaría como principios fundamentales de su acción política los valores de la chilenidad. Al igual que sus antecesoras, sostenía que “la recuperación material y moral de Chile debía cimentarse en la reintegración del espíritu nacional de sacrificio por la cosa pública forjado en el siglo pasado”<sup>62</sup>.

La Unión Nacionalista, a cuya cabeza estaba el ex-Decano de la Facultad de Filosofía de la Universidad de Chile, Juan Gómez Millas, surgió como resultado de la fusión del Movimiento Vanguardista, una fracción de la Falange Nacional y el Movimiento Nacionalista de Chile.

Jorge González Von Marées, Jefe de la Vanguardia Popular Socialista, adhirió a la nueva organización porque veía en ella una posibilidad más real de triunfo para los ideales por los cuales el antiguo MNS había y seguía luchando. La falta de mejores resultados se debía también al hecho de que todos los promotores del ideario nacionalista se hallaran dispersos, lo cual provocaba perjuicios manifiestos a la causa común. Por tanto, la tarea que no podía conseguirse sólo con sus fuerzas lo sería en la Unión Nacionalista,

60. *La Patria* 29/01/1942, pp.1, 2 y 3.

61. *D.I.* 4/02/1942, p.2; 15/02/1942, p.6 y 22/03/1942, p.2.

62. *El Mercurio* (E.M.) 24/03/1942, p.19.

instando a sus militantes a incorporarse a ella. Asimismo, la fracción de la Falange que se sumó a la candidatura de Ibáñez no desmayó en su idea de unir a todas las corrientes que habían respaldado a su candidato formando un solo partido, razón por la cual también ingresaron a la Unión Nacionalista. La decisión estuvo fundada en el respeto que la nueva entidad planteaba hacia los valores espirituales permanentes de la civilización cristiana, la libertad de conciencia y los derechos inherentes a la persona humana. Para el líder del MNCH, Guillermo Izquierdo, con la fundación de la Unión Nacionalista, el nacionalismo había iniciado una nueva era. Se completaba la meta independiente de forjar una conciencia nacionalista en el país, llegado el momento de continuar la lucha en las filas del nuevo partido sobreponiéndose a las pequeñas discrepancias que pudieran tener. De la misma forma, el Partido Obrero Ibañista, recientemente creado, acordó ingresar con todos sus efectivos a la Unión, teniendo presente que el momento ameritaba agruparse en torno a un sano ideal. Así, sólo el Movimiento Nacional Ibañista se mantuvo al margen de la nueva colectividad, continuando como independiente <sup>63</sup>.

Como fiel expresión de sus antecesoras, la Unión Nacionalista tenía sus mismos fundamentos, esto es, el rechazo a una concepción mecánica y materialista de la vida, frente a la cual oponía los valores espirituales y las tradiciones heroicas y creadoras. Para este organismo, la Segunda Guerra representaba el fin de un orden basado en principios errados, momento propicio para la creación de una sociedad con nuevas formas de convivencia, cimentada sobre fundamentos “hu-

manos y justos”. La reorganización no podría hacerse sobre ideologías, a su juicio, fracasadas, como el liberalismo, ni de fórmulas marxistas. La lucha de clases tenía su origen en las injusticias del régimen liberal individualista, “exacerbadas por la explotación demagógica que de ellas ha hecho el marxismo”; el liberalismo había reducido a un simple formulismo legal la igualdad de oportunidades para los miembros de la nación, desconociendo que los hombres eran elementos del organismo social, reafirmando el afán de lucro y negando al estado su función rectora. Al marxismo lo rechazaba por las mismas razones que los Movimientos anteriores, salvo su vinculación al judaísmo y la masonería, pero especialmente por desencadenar los “más primitivos impulsos” con su táctica revolucionaria desprovista de cualquier consideración moral, religiosa, social y nacional. A todo lo anterior, la Unión enfrentaba la subordinación de los intereses particulares a los de la colectividad, estimando el trabajo como fuente de derechos y la libertad como un atributo de la responsabilidad.

Igualmente pretendía sustituir la democracia parcial, informe y anárquica por una orgánica y funcional en que el Estado expresara con energía y eficacia las tendencias de la opinión pública, manifestada a través de organismos representativos de las actividades de trabajo y de la producción. La democracia no era “ni un principio ni un fin” sino sólo un método y si éste era inadecuado para el desarrollo de los “valores superiores de la vida, debía ser reformado”, había que “superar la democracia” <sup>64</sup>.

El surgimiento de Unión Nacionalista,

63. D.I. 21/03/1942, p.2; 22/03/1942, p.2 y 26/03/1942, p.2.

64. Unión Nacionalista: *El pensamiento de la juventud nacionalista* (1942), pp.13-15; *El Nacionalista* (órgano de la Unión Nacionalista de Iquique); N°2 27/11/1943 y N°3 11/12/1943; E.M. 24/03/1942, p.19 La U. Nac. tenía todos los planteamientos de sus antecesores en cuanto a la política de sindicatos gremios, Estado Corporativo, etc. Lo único ausente era el antisemitismo.



si bien era una heredera de los grupos anteriores en el más amplio sentido, revistió un cambio importante en términos que la mirada hacia la Europa Central disminuyó y se dirigió esta vez a la América de habla española. Uno de los rasgos que caracterizó al nacionalismo de la segunda mitad de la década de 1940 fue su carácter eminentemente hispanista, en contraposición a la influencia ejercida por el germanismo en los años del inicio de la guerra. En ese contexto, es posible plantear como hipótesis que esta segunda semi fase que encarna Unión Nacionalista fue una especie de transición al hispanismo desde que esta organización empezó a abandonar su patriotismo estrecho, enmarcado en las fronteras, ampliándose a un horizonte iberoamericano.

El martes 9 de junio de 1942, el líder de Unión Nacionalista, Juan Gómez Millas, planteó en un discurso que aquella era una hora decisiva para el porvenir de Chile. Dicha aseveración se fundamentaba en la necesidad percibida por él de que Chile se mantuviera “dueño de sí mismo” para “salvar su futuro, cualquiera sea el resultado de las grandes batallas que se libran en el mundo”. Desde su perspectiva, la Segunda Guerra dejaba claramente de manifiesto que el peso e influencia de cada Estado en la política internacional dependía de su unidad interna y de su vida material y moral<sup>65</sup>. Estas palabras adquieren significado en el marco de lo que fue la lucha de Estados Unidos después de Pearl Harbor (7 de diciembre de 1941) por lograr la constitución de un bloque americano contra el eje. El llamado nacionalista a mantener la autonomía, estaba directamente relacionado con las presiones norteamericanas para el rompimiento de relaciones diplo-

máticas con Italia, Alemania y Japón. De ahí que la defensa de la postura de neutralidad asumida por el gobierno chileno hasta ese momento del conflicto, intentara ser reforzada por Unión Nacionalista. Desde principios de 1942 la discusión en torno al problema de la neutralidad de Chile se agudizó, en función del ataque japonés a las costas norteamericanas dando alas y más argumentos a los partidarios de la ruptura. Desde 1939 los sectores de izquierda, en general, presionaban por un corte de relaciones que facilitaría la lucha antifascista, obstaculizando el espionaje realizado por los alemanes residentes o sus descendientes. El gobierno norteamericano creía que una vez ascendido al poder, Juan A. Ríos tomaría como primera medida el cese de relaciones con las potencias totalitarias, lo cual al no suceder provocó tensiones entre ambos países<sup>66</sup>.

En ese contexto de pugna por mantener la neutralidad, el nacionalismo retomó las tendencias antinorteamericanas de fines del siglo XIX y principios del XX, surgidas como respuesta al panamericanismo auspiciado por la potencia del norte. El tema de la neutralidad siempre estuvo presente en el discurso de los movimientos nacionalistas desde que comenzó la guerra. Tanto el sucesor del nazismo como el FNCH y el MNCH apoyaron la línea seguida por el gobierno chileno en materia de política exterior, y formaron junto con la Vanguardia Popular Socialista, la Federación de Estudiantes Anticomunistas y la Asociación de Amigos de Alemania, el llamado “Frente de Neutralidad”. Sin embargo, esta postura estaba relacionada con una defensa acérrima a los países del eje con los cuales había una identificación como parte de un

65. Unión Nacionalista, **Habla JUAN GOMEZ MILLAS** (1942) pp.5-6.

66. JOAQUIN FERMANDOIS, “Guerra y Hegemonía 1939-1943: un aspecto de las relaciones chileno-norteamericanas”, en *Estudios Históricos*, N°10, 1989. Para la lucha antifascista de la izquierda chilena, ver *Civilización y Combate*, voceros del Instituto Antirracista de Chile y de la Unión Democrática Antinazifascista, respectivamente.

movimiento mundial. Por ello, rechazaban las “listas negras”, como también las supuestas pretensiones hitleristas de reclamar América como parte del Reich, defendiendo la “inocencia” de Alemania en un conflicto al cual habría sido arrastrada<sup>67</sup>. Lo interesante entonces, es que si bien el principio de autodeterminación seguía vigente entre sus planteamientos, las causas para ello eran las que habían cambiado. Es probable que la nueva posición no implicara un rompimiento total con sus antiguas fuentes inspiradoras sino que la mirada a Iberoamérica fuera parte de una estrategia para defenderse del clima antifascista permanente y de las presiones recibidas desde Estados Unidos. Con todo, ello obligó a estos grupos a acentuar su carácter americanista de habla española, aminorando otras influencias.

La guerra, y por tanto la necesidad de definirse, jugó un rol importante en las posiciones a adoptar. El énfasis en la necesidad de fortalecerse internamente partía de la premisa de evitar ser arrastrados por los acontecimientos, involucrando al país en el conflicto. La forma de lograrlo era resistiendo las presiones con una “política propia en América y justamente por el bien de América”. Se pensaba que una vez terminada la lucha, América debería estar preparada para ocupar un lugar respetable dentro del concierto internacional, lo cual dependía de la unidad interna lograda y “según la dignidad que mantengamos en nuestras relaciones exteriores”. Tales planteamientos tenían como corolario la necesidad de buscar apoyo activo y solidaridad en aquellos países del continente que mantuvieron la misma conducta observada por Chile. En otras palabras “signi-

ficaría la unión estrecha con Argentina como fuerza vigorizante de nuestra posición internacional”. En efecto, hasta 1942 sólo Chile y Argentina seguían negándose a romper relaciones con el Eje, decisión interpretada como una actitud verdaderamente soberana, revelándose como naciones “en forma y maduras para la existencia”<sup>68</sup>. Aunque hasta 1942 la definición de la guerra no estaba clara, comenzaba a hacerse manifiesto que para ocupar un puesto destacado en el mundo se requería fuerza, requisito que no se lograría sin unidad. Por eso una postura americanista se volvía urgente.

En función de lo anterior, dentro del manifiesto lanzado por la Unión Nacionalista al país, la tendencia iberoamericana era explícita: “la Unión Nacionalista propugna la independencia de Chile y de América Íbera de todo vasallaje extranjero, sea político, económico o espiritual. Afirma que los pueblos iberoamericanos están en el deber de aunarse en una gran comunidad cultural, económica y política, a fin de que puedan llegar a ocupar el lugar a que tienen derecho en el concierto mundial de las naciones”<sup>69</sup>. Tal unidad cultural provenía, naturalmente, del común pasado colonial, es decir, de España.

La defensa de la neutralidad, no obstante, fracasó frente a las presiones norteamericanas y de los partidos de izquierda chilenos -incluso el Partido Radical-, los cuales triunfaron en su lucha por la ruptura diplomática. Tras un largo período de tirantez, el presidente Juan Antonio Ríos presentó al Congreso Nacional un proyecto de ley destinado a reprimir los actos de espionaje (22 de noviembre de 1942) y en la segunda quincena de

67. AMI 1941, Memo 463 y 475; *La Patria* 24/06/1939, p.2.

68. Unión Nacionalista *Habla* JUAN GOMEZ MILLAS (1942), pp.6-7.

69. E.M. 24/03/1942, p.19; GOMEZ MILLAS, op. cit pp.15-16; D.I. 29/03/1942, p.2.

enero de 1943, por medio de un decreto del Ministerio de Relaciones Exteriores, se declaró suspendidas las relaciones diplomáticas y consulares con Alemania, Italia y Japón<sup>70</sup>. La derrota de una de las principales banderas de lucha de la Unión Nacionalista significó un debilitamiento de ella. A juicio de Erwin Robertson, al producirse la ruptura habría muerto la causa de existencia de la entidad, lo cual justificaría su desaparición en 1944<sup>71</sup>. Desde la perspectiva de este trabajo, dicha explicación no es suficiente, en tanto el proyecto orgánico-funcional e iberoamericano de Unión Nacionalista no desapareció con la ruptura de relaciones. Se ha visto que el nacionalismo ha sido persistentemente marginal, por tanto el fracaso de la opción no beligerante no debería haber cumplido un papel tan determinante. Una posible explicación para su decadencia paulatina pareciera estar vinculada a la necesidad de encontrar un hombre que efectivamente pudiera convertirse en una alternativa política viable. Si bien los distintos grupos nacionalistas habían sido capaces de estructurar un proyecto de sociedad, su gran deficiencia estaba en el plano de convertirse en un movimiento con arraigo social efectivo y con un líder. Por tanto, es posible que renunciaran a su ilusión de competir con las fuerzas políticas tradicionales disputándole militantes, y decidieran encontrar el caudillo que los conduciría al triunfo. Esta impresión es la que surge al revisar un

órgano oficial de la agrupación a partir de 1943. En él la figura de Ibáñez comenzó a hacerse constantemente presente, a raíz de su intento de volver a reunir en un solo movimiento a los distintos grupos y elementos independientes que sostenían “principios de orden y querían restablecer el patriotismo y las grandes virtudes que otro ostentara la nacionalidad”. Esta aspiración de diciembre de 1943 se materializó en febrero de 1944 cuando el general Carlos Ibáñez pasó a “encabezar las fuerzas de sus partidarios y nacionalistas...”, organización más amplia que implicó la disolución de la Unión Nacionalista<sup>72</sup>.

El Movimiento Nacional Ibañista, entidad que pasó a reemplazar a las anteriores, comenzó a cimentar el camino a la victoria al que ocho años más tarde sería Presidente de la República, envolviendo la promesa de lograr un Chile en orden, libertad y progreso. El programa nacionalista elaborado en distintas etapas pero con una coherencia innegable, no desapareció con la Unión Nacionalista, sino que pasó a los nuevos exponentes liderados por Carlos Ibáñez del Campo. Tampoco se olvidó la propuesta americanista, la cual siguió siendo izada por el nacionalismo bajo la consigna “Chile primero, enseguida América, después el Mundo”.

70. MARIO VALDÉS “Las relaciones chilenas frente al espionaje alemán durante la Segunda Guerra Mundial, 1939-1945”, U.CH., 1988, pp.40-43.

71. ROBERTSON “Ideas...”, pp. 200-201.

72. *El Nacionalista* N°3 11/12/1943, p.2; N°6 12/02/1944, p.1; N°5 18/03/1944, p.1; N°7 15/04/1944, p.1; N°8 1º quinc. mayo 1944.

## II. EL NACIONALISMO CHILENO DURANTE LOS PRIMEROS AÑOS DE LA GUERRA FRÍA

El fin de la Segunda Guerra Mundial y la derrota del fascismo en 1945, significó el triunfo de las democracias sobre la "barbarie" italo-alemana-japonesa, pero, al mismo tiempo, una redefinición del campo de fuerzas. La muerte de F. D. Roosevelt en ese último año del conflicto, marcó el inicio de la separación de los antiguos aliados y de las hostilidades entre el occidente "democrático" y el este "totalitario". La falta de acuerdo entre Harry S. Truman y José Stalin como representantes de las potencias emergentes, colocó al mundo ante una nueva clase de enfrentamiento, que excedía el campo de combate, conocida como la Guerra Fría. La separación del mundo en dos bloques compactos implicó el control por parte de cada una de las potencias de una fracción del globo, creando aparatos ideológicos y militares en su lucha por la hegemonía del mundo <sup>1</sup>.

El nuevo tipo de batalla abandonó los márgenes europeos y se encaminó hacia los países del Tercer Mundo, lugar donde se materializó efectivamente la "guerra". África, Asia y el Medio Oriente fueron el escenario para ella. América Latina como parte de la esfera de influencia norteamericana, no fue un terreno tan abiertamente disputado hasta la victoria de los guerrilleros de Sierra Maestra en 1959 <sup>2</sup>.

El nuevo carácter de la rivalidad significó un reacondicionamiento de las relaciones internacionales y de las políticas en el sistema interamericano, en lo que atañía a esta

parte del globo. Estados Unidos estaba empeñado en lograr que el continente americano se organizara contra el comunismo, a la vez que los países al sur del Río Bravo estaban interesados en lograr programas de asistencia técnica multilateral y de desarrollo. Así, entre 1945 y 1948 se establecieron varias instituciones interamericanas y acuerdos recíprocos tales como la Organización de Estados Americanos (OEA), el Pacto de Bogotá, el Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca (TIAR) y el Programa de Ayuda Militar (PAM). Si bien la tendencia globalista y la reconstrucción de Europa era lo prominente en las políticas generales para enfrentar a la Unión Soviética, Estados Unidos mantuvo su control sobre América Latina. Este se tradujo tanto en asesoría militar como en presiones económicas y políticas para lograr la "defensa hemisférica" <sup>3</sup>.

Este clima de polarización fue el escenario en el cual los gobiernos sustentados en alianzas supraideológicas tuvieron que desenvolverse. Aunque el Frente Popular estrictamente ya no existía, las autoridades chilenas se organizaban con coaliciones pluripartidistas que incluían desde liberales hasta comunistas. Esta estrategia para encarar al fascismo, aceptada en tiempos de guerra, dejó de encajar en el nuevo contexto internacional. De allí que las presiones norteamericanas sobre los países latinoamericanos para expulsar a los comunistas del poder adquirieran importantes proporciones en esos años.

- 
1. La bibliografía acerca de la Guerra Fría es muy amplia. Ver MAX BELLOF, *La Guerra Fría* (1966), RICHARD WALTON *La Guerra Fría* (1971) entre otros.
  2. La Revolución Cubana ha sido intensamente estudiada. Ver FIDEL CASTRO, *La Revolución Cubana: 1953-1972*; LUCINDA GARZA, *Causas y desarrollo del conflicto cubano norteamericano*, K.S. KAROL, *Los guerrilleros en el poder*; MARIO LLERENAS, *La Revolución insospechada*.
  3. Para las relaciones diplomáticas en América Latina, ver POPE ATKINS, *América Latina en el sistema político internacional*;

La alianza que desde 1938 era característica incluía a radicales, socialistas y comunistas. No obstante, las dificultades y grietas en su interior, los problemas entre las dos fuerzas de izquierda y las discrepancias en torno a cuestiones como la distribución de la riqueza o la inflación, condujeron a la presencia de liberales ya durante el gobierno de Juan A. Ríos. Las inestabilidades económicas producidas al fin del conflicto agudizaron las agitaciones laborales iniciadas desde principios de la década de 1940, incrementando el movimiento huelguístico. Si las huelgas en la gestión de Ríos habían comprometido aproximadamente a 40.000 trabajadores, entre 1945 y 1946 lo hicieron con casi 100.000. Esto acentuó las rivalidades entre socialistas y comunistas, presentes desde los años treinta, máxime cuando a mediados de los cuarenta los comunistas se convirtieron en el partido marxista con más fuerza electoral, controlando más de la mitad de los sindicatos y con dominio de la CTCH. La situación se hizo más tensa a raíz del modo en que fue resuelto el conflicto salitrero en 1946, el cual implicó el viraje del radicalismo hacia la izquierda uniéndose al Partido Comunista para levantar la candidatura presidencial de Gabriel González Videla <sup>4</sup>.

Este último presidente radical incorporó a su primer gabinete a tres ministros comunistas (Obras Públicas, Tierras y Colonización y Agricultura) y les otorgó cinco intendencias y tres gobernaciones. La presencia de este partido en el gobierno suscitó varios puntos de choque que atizaron el sentimiento anticomunista, tales como su insistencia en la sindicalización campesina y la necesidad de la reforma agraria, con lo cual

incitaron a los terratenientes y a la derecha, en general, a reaccionar en contra de tales propuestas. Asimismo, su exigencia de expulsar al Director General de Carabineros, General Eduardo Maldonado M., por su responsabilidad en la represión de enero de 1946 en la Plaza Bulnes, objetivo logrado en 1947 cuando dicho oficial pasó a retiro convirtiéndose en un "símbolo de la resistencia anticomunista". Un tercer foco de conflicto fue el triunfo comunista en las elecciones municipales de 1947 que le significó un importante incremento de sufragios. Igualmente obtuvieron un muy buen resultado en la elección complementaria para senador en O'Higgins y Colchagua, en ese mismo año, zona de tradicional dominio de la derecha. A su vez, elevaron el número de militantes con un destacado porcentaje de campesinos, provocando en las Fuerzas Armadas fuertes recelos <sup>5</sup>.

La conjunción de un ambiente mundial anticomunista fruto de la nueva situación internacional de post-guerra, como su efectiva presencia en el gobierno chileno, tensionaron el sistema político de tal manera que terminaron por hacer incompatible e inadmisibles, la mantención del orden democrático-liberal con la participación de militantes comunistas en los círculos de decisión. Lo interesante, desde la óptica de este estudio, es que al fortalecerse este sentimiento en el contexto de la Guerra Fría, se dio fuerza y se revitalizó uno de los planteamientos básicos del pensamiento nacionalista chileno del siglo XX: el anticomunismo. Esto permitió, entonces, un nuevo impulso a esta tendencia la cual encontraría un terreno más adecuado para expresarse.

DEMETRIO BOERSNER, *Relaciones internacionales de América Latina*; GORDON COUNELL-SMITH, *El sistema interamericano*; JULIO COTLER y RICHARD FAYEN (Ed), *Relaciones políticas entre América Latina y Estados Unidos*.

4. CRISOSTOMO PIZARRO, *La huelga obrera en Chile* (1986) pp.107-111-125 y 131; JULIO FAUNDEZ, *Izquierda y democracia en Chile:1932-1973* (1992), pp.78 y ss.

5. CARLOS MALDONADO, "El ACHA y la proscripción del Partido Comunista", *Flacso*, D.T. N°60, 1988, pp.4-18.

## ANTICOMUNISMO Y NACIONALISMO: 1945 - 1950

Esta sensación de guerra interna y externa y las presiones ejercidas por Estados Unidos para marginar a los comunistas de la vida política, hicieron aflorar todo un movimiento tendiente a conseguir este propósito, que se materializó en el surgimiento de varias organizaciones que levantaron a ésta como su bandera de lucha, mientras la derecha tradicional también adhería a la campaña contra el totalitarismo soviético. De hecho, Sergio Fernández Larrain, alto dirigente del Partido Conservador, propuso iniciar “la Santa Cruzada contra el Partido Comunista de raíz internacional. No puede ser una campaña ni de la derecha ni de la izquierda, sino nacional”<sup>6</sup>.

En pleno “auge” comunista en el gobierno de González Videla (1946 - 1947), un nutrido grupo de profesionales, militares en retiro, políticos de derecha, algunos radicales, ex-miembros de la Milicia Republicana y nacionalistas lanzaron un manifiesto al país denominado “Por Chile”, aparecido en varios diarios. En él hacían un llamado de alerta frente “al hecho positivo de que las huestes comunistas, reciamente disciplinadas procuran apoderarse de Chile”, habiendo llegado la hora “para abrir los ojos y unirnos estrechamente todos los que queramos a Chile... y tomemos filas en la cruzada cívica que habrá de detener la traidora invasión”. Este documento se transformó al poco tiempo en una organización de claras tendencias políticas y algunos rasgos nacionalistas que adoptó el

nombre de “Acción por Chile”<sup>7</sup>. Asimismo, estableciendo analogías con el denominado período de la anarquía entre 1823 a 1829, una fracción del Partido Agrario laborista salió a la palestra en defensa de la “patria” contra el comunismo que amenazaba con la desintegración nacional y “preparar desde arriba la revolución que les ponga en su mano la totalidad del gobierno y establecer la dictadura del odio”. Con un lenguaje y sentido nacionalista, **El Hambriento** se convirtió en un fiel exponente de la lucha anticomunista y de la defensa de la “nación”<sup>8</sup>. Sin duda, el más importante y destacado grupo fue la Acción Chilena Anticomunista, ACHA, organizada por Arturo Olavarría Bravo en compañía de personalidades como Raúl Marín Balmaceda, Miguel Luis Amunátegui J.; Jorge Prat Echaurren, Jaime Bulnes Sanfuentes, entre otros. La entidad nació como respuesta al peligro que representaba “para el orden social y la estabilidad de nuestras instituciones democráticas” el nombramiento de “ministros de filiación comunista”. Fue estructurada en líneas militaristas, convirtiéndose en uno de los protagonistas en la lucha por la dictación de la ley de Defensa Permanente de la Democracia<sup>9</sup>.

En este mismo contexto y respondiendo a inquietudes similares, nació el grupo Estanquero a la cabeza de Jorge Prat E., y que existió entre los años 1946 y 1953. Este estudio centrará su análisis del nacionalismo en esta organización, obviando a otras, por

6. *Ibid.*, p.14.

7. E.M. 22/07/1947, p.19. Entre los firmantes figuraban Emilio Bello Codesido, Oscar Dávila Izquierdo, Edgardo Von Schroeder (Contraalmirante (R.)); Domingo Durán; Carlos Monckeberg, Ernesto Barros Jarpa, Jorge Prat, Arturo Ahumada (General (R)); Guillermo Novoa (General (R)), entre muchos otros. En Enero de 1948 apareció el periódico **Acción por Chile** (1948-1952).

8. **El Hambriento** 19/12/1946, p.3.

9. ARTURO OLAVARRÍA, “Chile entre dos Alessandri”, pp.41-53; también MALDONADO “El ACHA...”.

las siguientes razones: ellas atienden a su importancia en términos de proyección a mediano plazo, a la coherencia de su propuesta y a su énfasis en un discurso hacia las Fuerzas Armadas cuando la Guerra Fría y la Defensa Hemisférica revaloraron su existencia.

El nacimiento de los Estanqueros -nombre del grupo que se aglutinó en torno a la revista de ese nombre- se produjo en noviembre de 1946, cuando el presidente Gabriel González V. nombró a tres comunistas como ministros en carteras que movilizaban gran cantidad de recursos, obreros y áreas claves de la economía como la agricultura, tomando con ello "las llaves del reino". La situación era de extrema gravedad, desde el punto de vista estanquero, toda vez que los "comunistas no (eran) sino los mercaderes de la miseria, del dolor, del analfabetismo de las masas, cuando no de su indefensión y de su aterrorizamiento"<sup>10</sup>.

El rechazo al comunismo fue un tópico abordado durante todo el período que se publicó su órgano de difusión, ocupando un lugar importante dentro de su discurso. En un comienzo la crítica estuvo centrada en el activismo político de dicho partido que instigó movimientos huelguísticos en todo el país. Estos estallaron en el campo cuando un decreto restableció el derecho de sindicalización campesina; en la minería del cobre -Sewell- entre los gremios marítimos de Tocopilla y los obreros textiles de Santiago. La oposición estanquera también se enfocó a cuestiones más de fondo tales como su ataque a la propiedad privada, su exacerbación del poder del Estado, por "convertir a las personas en números", atentar contra su libertad, ser "un régimen despótico" y amenazar la "nacio-

nalidad". Este último aspecto comenzó a ser desarrollado dentro de su discurso anticomunista, dándole un cariz superior a la mera reacción. Ya en marzo de 1947, plantearon que la lucha contra esa doctrina implicaba la "supervivencia misma de nuestra nacionalidad", pues ella había deformado el proceso evolutivo normal del cuerpo social. De allí que no bastaba con organizar "frentes anticomunistas" para combatirlo sino crear un movimiento liberador que incluyera a todo el país sin distinciones de ningún tipo <sup>11</sup>.

En este punto se quiere plantear que si bien los Estanqueros fueron parte de la reacción anticomunista general producida, su discurso trasuntaba un pensamiento nacionalista que rebasaba los estrechos márgenes de la reacción, apuntando a problemas relacionados con el peligro de desintegración de la nacionalidad. Al producirse el triunfo electoral comunista en las elecciones municipales de 1947, el grupo no sólo criticó a esa colectividad sino, más importante aún, culpó a los partidos de derecha de la expansión alcanzada por el totalitarismo, los cuales habrían facilitado este proceso al no solucionar los problemas políticos, sociales y económicos dificultando una forma más justa de convivencia. Así, la lucha anticomunista era también "contra las prácticas políticas y contra los hombres que hicieron posible (su) surgimiento y expansión". Esto revela el típico sentido antipartido del nacionalismo chileno, colectividades que asociaban a la corrupción, la cobardía y la falta de principios. Estas culpabilidades compartidas inducían a una doble estrategia: por un lado, el apoyo a la fuerza respaldando a organizaciones como ACHA, cuyos miembros salían a la calle a combatir violentamente al ene-

10. *Estanquero* (Es), 16/11/1946, pp.1 y 3.

11. *Es* 30/11/1946, p.11; 11/01/1947, p.3; 08/03/1947, p.3.

migo; y por otro, su insistencia en terminar con un orden político desgastado y superar las “degeneraciones de nuestro régimen democrático”.

De allí que la lucha anticomunista estuvo inserta dentro de una crítica global al sistema democrático. Los Estanqueros percibían al Partido Comunista como contrario, en la práctica, a una vía violenta de acceso al poder pues el gobierno contaba con fuerza policial y militar para contenerlo. La falta de “pasta de revolucionario” del roto chileno, a juicio estanquero, era una debilidad en la estrategia comunista que explicaba su aparente fervor democrático, pues dicho sistema “con sus complacencias y debilidades, es el vehículo ideal para conducirlo al poder”. De allí que plantearan como la única solución “nacionalizar el pueblo”, táctica que implicaba colocar al marxismo fuera de la ley por ser enemigos de la nacionalidad y, por otra parte, exacerbar el sentido del deber para con la patria. El pueblo debía entender que con ello labraban su futuro y el de sus hijos, lo cual también requería de “pan y justicia”. Tal postura estaba poniendo en el centro del debate el tema de la transformación del orden vigente, creador de desigualdades, y del nacionalismo como arma para lograrlo a través de un modelo corporativo que considerara las necesidades de todos los sectores sociales <sup>12</sup>.

Parte de la estrategia fue lograda en 1948 cuando se aprobó la exclusión de los comunistas con la promulgación de la ley de Defensa Permanente de la Democracia. Así, la nacionalidad quedó relativamente protegida con su marginación. La segunda táctica, ahondar en el sentido de nacionalidad y de

amor a la patria, fue la de mayor trascendencia y a la cual se abocó con más entusiasmo.

Desde el momento en que el grupo salió a la luz, se planteó la necesidad de “crear una nueva fe en Chile, en las virtudes tradicionales de su raza”, retomando con ello el centro del discurso nacionalista tradicional. Si durante el período de reconstrucción de esta tendencia, el miedo fue un elemento central enmarcado por el frente-populismo, la fase de post-guerra encontró un terreno más real en el cual asentarse. El problema de la lucha contra el comunismo era efectivo y compartido por todo el continente. En ese plano, el llamado a la raza y a la nacionalidad adquiría proporciones menos ficticias y declamatorias siendo escuchada por un sector más vasto. Por eso se volvía a recalcar la urgencia de dar a la juventud un sentido heroico de la vida movilizándola en torno a grandes y nobles ideales, y señalándole un destino histórico <sup>13</sup>.

El renacimiento del espíritu nacional implicaba el “despertar” de sentimientos profundamente arraigados en los hombres frente a la situación de decadencia de la civilización, “desvirtuada por siglos de ideologismo aniquilador”. Si el nacionalismo chileno siempre había estado reivindicando el valor de lo irracional, los Estanqueros se plantearon abiertamente opositores de lo abstracto, exaltando la fuerza del espíritu y de la necesidad de dar vida a una nueva fe. Esta cuestión de crear una avalancha de opinión pro sentido de nacionalidad es central, pues está relacionada con el sentido de fe. Esta se ha concebido como “un pensamiento total socializante que se orienta a una realidad social poderosa y que tiene por intención una salvación presente o futura”, concepto que

12. Es 19/04/1947, p.3; 10/05/1947, p.3; 12/07/1947, p.3; 06/09/1947, p.3; 25/10/1947, p.3.

13. Es 14/12/1946, p.3; 25/01/1947, p.3.



fue adjudicado al marxismo, considerado como la última fe de Europa. Frente a ella se levantó el fascismo enarbolando principios fundamentales e intentando convertirse a su vez en la nueva fe <sup>14</sup>. En ese contexto, la continua referencia estancuera a la urgencia de construir una fe nueva dice relación con la potencia que ésta tiene en la derrota del enemigo y transformación de la sociedad. Es decir, al enemigo -el comunismo sin patria- no se le vencía sólo con medidas legales o de fuerza sino con sus mismas armas: despertando un fervor intransable entre sus seguidores. Si el marxismo logró aquello con una propuesta de protagonismo y redención del proletariado, el nacionalismo debía lograrlo con el sentido de patria, raza, sangre y cultura, o sea, con aquellos factores materiales que convertían a Chile en una comunidad nacional.

Con todo, el nacionalismo de los Estancueros, no era mero renacer del espíritu del pueblo, pues para ellos el aspecto histórico cultural tenía un papel fundamental. La patria no era entendida solamente como emoción sino “como substancia histórica profunda”, con una misma tarea a través del tiempo y, por ende, con un destino, con una misión. Ella se cumpliría no independientemente, sino en conjunto con aquellos que tenían una misma comunidad de origen, de historia y de ubicación geográfica, pues “forman un todo natural y orgánico, con destino común, con sentido propio y con derechos también propios...” <sup>15</sup>.

Esta perspectiva de nacionalismo continuaba la tendencia iberoamericanista de la segunda fase analizada, identificada con la

Unión Nacionalista. El pensamiento hispanoamericano, evidentemente, no apareció en Chile en la mitad de los años cuarenta sino que es una corriente cuyos primeros pasos fueron dados años antes. Con la llegada de la influencia de la encíclica **Cuadragésimo Anno**, el corporativismo se convirtió en una doctrina clave para la renovación del pensamiento conservador chileno. Uno de los exponentes principales fue el historiador Jaime Eyzaguirre, quien dirigió la revista **Estudios** entre 1934 y 1954. La evolución de su pensamiento siguió tres líneas: el tradicionalismo católico, la opción por un corporativismo que afianzara los organismos intermedios en relación al de corte estatal, y una interpretación del sentido de hispanidad cercano al tradicionalismo <sup>16</sup>.

Esta tendencia no tuvo mayor resonancia entre los movimientos estudiados, los cuales se sentían más ligados a la Europa Central, razón por la cual no fue considerada. Al comenzar a hacerse más necesaria con el problema de la neutralidad, alcanzó mayor fuerza llegando a consolidarse luego del fin de la guerra. En efecto, luego de 1945 el énfasis en el corporativismo comienza a desaparecer, junto con sus referencias explícitamente políticas, desplazando el temario del discurso hacia aspectos centrados en la cultura. En el caso de **Estudios**, específicamente, se reemplazó la preocupación por las demandas sociales y su expresión política, por un interés en las cuestiones religiosas y, ulteriormente, una redefinición de la identidad histórica de América Latina, revalorizando las tradiciones hispánicas. La importancia del sentido de antipolítica en el

14. ERNST NOLTE, **La crisis del sistema liberal y los movimientos fascistas** (1971), pp.18-19. El carácter de fe es reconocida por **Estancueros** 25/01/1947 p.3.

15. Es 17/05/1947, p.3.

16. CARLOS RAMA, **Nacionalismo e Historiografía en América Latina** (1981); pp.125-136; RENATO CRISTI y C. RUIZ, **El pensamiento conservador en Chile** (1992), pp.67-68.

pensamiento de Jaime Eyzaguirre se entrelazó con una "aceptación" de ella sin las "deformaciones" propias de la práctica democrático-liberal, reforzando una línea conservadora-autoritaria. Esta antipolítica llevó a dar otro sitio al ámbito cultural, identificándolo con el cristianismo, lo cual derivó en una sublimación de la España de los siglos XVI y XVII. Cultura y cristianismo tuvieron como corolario evidente una exaltación de lo hispano, dando un giro al pensamiento nacionalista el cual decidió fijar su mirada en la España católica y buscar su identidad en la antigua "madre patria"<sup>17</sup>

El hispanismo, como principio, plantea la existencia de una comunidad o "raza trasatlántica" que identificaría a los pueblos que en alguna etapa de su historia formaron parte del imperio español. Esta común pertenencia habría dado forma a una "identidad hispánica", la cual se traduciría en una serie de estilos de vida y de cultura específicos, parte de una "raza española". Esta traspasaría el lazo de sangre y abarcaría la cultura, la historia, las tradiciones, la religión y el lenguaje compartido, originando una "patria espiritual". Los territorios y, en especial, los pueblos, en otros tiempos colonias españolas, son en la medida en que reconocen su vínculo con España, de la misma manera que España es en la medida que se reconoce en sus tradiciones"<sup>18</sup>. Este deberle "el ser" a España daba a ésta un papel tutelar sobre dichos pueblos en el plano de una "hegemonía espiritual", la cual significaba la mantención del vínculo de antaño pero en el terreno de autoridad moral.

Este intento de recuperar la antigua gloria de "haber civilizado a América" se convirtió en una preocupación para significativos círculos intelectuales españoles, especialmente conservadores de los años veinte. Para ellos, el iberoamericanismo era una doctrina defensiva que intentaba salvar y conservar las características nacionales a través de una protección moral y material mutua. Este hispanismo conservador se robusteció en los años de la España de Primo de Rivera, cuando se tuvo la intención de recuperar dicho liderazgo, específicamente en materia de catolicismo, siendo sus principales portavoces José María Pemán y Ramiro de Maeztu. El imperio espiritual que se aspiraba a formar tenía como pilares la religión católica, la sociedad jerarquizada y el lenguaje. La primera dice relación con la identificación española de nacionalidad y catolicismo; de ahí que el hispanismo considerara indisoluble la religión católica del ser español. El fortalecimiento de ella tendería a reforzar los vínculos con Latinoamérica, rechazando cualquier otra ingerencia. La sociedad jerarquizada, en términos de la presencia de seres superiores, estaba ligada a la existencia de jerarquías sociales de acuerdo a su relación con el poder político y eclesiástico. Este principio defendía la ubicación de las elites, siendo el hispanismo enemigo acérrimo del socialismo y comunismo que minaban las sociedades jerárquicas y "cuestionaban el poder mismo de la iglesia". En relación al lenguaje, éste daba la unidad cultural así como la religión lo hacía en el plano espiritual. El lenguaje se consideraba como parte del espíritu que España había entregado a sus

17. RUIZ, op. cit. pp.68-92. El repliegue del corporativismo no significó su desaparición total sino su permanencia en estado de latencia. Ver CARMEN FARIÑA VICUÑA, "Pensamiento corporativo en las revistas *Estanquero* (1946-1955) y *Política y Espiritu* (1945-1975)", *Revista de Ciencia Política*, N°12, 1990.

18. RICARDO PEREZ MONTFORT, *Hispanismo y Falange* (1992), p.15. El énfasis es nuestro.

colonias, razón por la cual debía ser defendido como parte de la herencia del ser <sup>19</sup>.

A partir de 1937, el hispanismo conservador fue reforzado con la guerra civil en España y la aparición del partido único franquista -la Falange Española Tradicionalista y de las Juntas de Ofensiva Nacional Sindicalista (la FET y de la JONS). Con él se mantuvo el catolicismo tradicional pero se le sumó una gran admiración por la disciplina militar que señalaban un hispanismo más agresivo, el cual intentaba hacer del régimen franquista la “cabeza del mundo hispánico”. Este espíritu misional autoasignado se fortaleció en 1940 cuando Francisco Franco creó el Consejo de la Hispanidad, el cual intercedería en las relaciones entre América Hispana y Europa, siendo guía para la primera en el camino para lograr su “ideal de valor y trascendencia universales” <sup>20</sup>.

La búsqueda de nuevos principios a los cuales asirse, la presencia de la España franquista, pero también el alto influjo que Estados Unidos pretendía tener en su área de influencia, consolidaron la tendencia hispanista entre los nacionalistas chilenos. Los distintos movimientos o partidos reconocieron su identificación con la hispanidad, abjurando del pasado “germano”, lo cual reforzó las tendencias jerárquicas, “apolíticas” y autoritarias ya presentes con anterioridad pero bajo un nuevo principio.

Los Estanqueros, como expresión del momento en el cual salieron a la luz, partieron, como otros grupos nacionalistas, de la percepción de crisis de la nacionalidad constatada en una desmoralización colectiva, un relajamiento de la moral social y una falta

de respeto hacia la convivencia ciudadana. Esta realidad contrastaba “dramáticamente” con la pujanza y vitalidad de países como España o Argentina -esta última ya bajo el dominio del Perón-, los cuales se diferenciaban de Chile en que su pueblo “tenía confianza en su patria, sabe que ella existe, que ella responde a sus necesidades primarias y que ella desempeña un rol en el mundo capaz de justificar muchos sacrificios”. El problema estribaba, según su análisis, en la pérdida de ambición histórica chilena, en la falta de una conciencia de destino común. Aquí el pensamiento estanquero se insertaba claramente en el hispanismo ya descrito, el cual hacía énfasis en el destino universal de España y sus ex-colonias, las que compartían valores y tradiciones comunes <sup>21</sup>. La solución estaba en el surgimiento de una minoría -sociedad jerarquizada- “llena de fe” capaz de interpretar el destino nacional, determinar qué era ser chileno, qué representaba Chile en América y en la civilización occidental.

Esta necesidad de sentirse miembro de una comunidad más global en la cual reafirmar la nacionalidad, llevó a los Estanqueros a adscribir plenamente al hispanismo. Para los Estanqueros, el 12 de octubre de 1492 significaba la unión de la América “bárbara” a la cultura occidental europea, en el momento en que el descubrimiento permitió el ensanchamiento del dominio de la lengua española, de la religión española, del sentido español de la vida: “Fue el día en que el sol español, sol renacentista, sol europeo, unificó e iluminó las razas cobrizas y de ojos oblicuos de esta parte del mundo y las llamó a participar en el destino de occidente”. De allí la urgencia y lo natural de unirse y ser fieles a la cultura de la cual se provenía, toda vez

19. *Ibid.*, pp.15-24.

20. *Ibid.*, pp.92-95.

21. *Es* 30/11/1946 p.3; 12/07/1947, p.15; PEREZ MONTFORT, *op. cit.* p.94.

que en esa tradición hispánica "...está la posibilidad nuestra de tener una razón de existencia en la historia" <sup>22</sup>. En otras palabras, el problema del ser de América y Chile sólo se resolvía si se reconocía su vínculo indisoluble con España y, por ende, con su tradición; siguiendo los lineamientos del hispanismo conservador.

Esta comunidad y "patria espiritual" reforzaba el discurso iberoamericanista pues ella significaba "voluntad de ser, instinto de conservación". La reafirmación de la nacionalidad implicaba la defensa del principio de autodeterminación de los pueblos con raza y suelo común contra el imperialismo desintegrador <sup>23</sup>. En este punto es claro que el hispanismo no sólo sirvió como principio vitalizador al nacionalismo, sino también como defensa y discurso frente a la fuerte presencia estadounidense en el marco de la guerra fría. La insistencia en que se trataba de la hora de "los pueblos jóvenes" también era un llamado a la conciencia de la potencia del norte para no someter a Iberoamérica y dejarla ser.

El fortalecimiento que significó la tendencia autoritaria del nacionalismo con su identificación con la hispanidad, maduró a su vez, el modelo histórico-político a recrear. Así, la figura de Portales siempre presente -desde Edwards y Encina- adquirió mayor fuerza dando lugar a la elaboración de un proyecto estanquero de "Portalianismo contemporáneo".

Partiendo de la necesidad de despertar una conciencia nacional, los Estanqueros postularon que ella era consustancial a un nuevo tipo de política, de carácter auténti-

camente nacional, la cual se asociaba a Portales, símbolo y ejemplo de ella. El Portalianismo contemporáneo se entendía como la repetición de la obra portaliana - al menos como ellos la percibían, sinónimo de orden, progreso, legitimidad- pero adecuada a la realidad del Chile de ese momento. Para los Estanqueros, el acierto de Portales había estado en su prescindencia de las ideologías y la "edificación" de un gobierno "sobre las fuerzas sociales y los intereses reales en juego (en su época). Esas fuerzas no eran sino las de la aristocracia agricultora chilena" <sup>24</sup> Esta visión elitista y jerarquizada de la sociedad se veía reforzada por su adscripción a la interpretación portaliana del "peso de la noche", pues para este grupo nacionalista el resto de la sociedad de entonces carecía de personalidad histórica, siendo su rasgo la ignorancia e inconsistencia y, por ende, fácilmente atraíbles a fenómenos de anarquía y caudillaje. Portales había sabido dar estabilidad al dominio aristocrático y, más aún, intuido la urgencia de darle objetivos nacionales como seguridad exterior y orden interior que permitiera el desarrollo de la incipiente vida nacional. En otras palabras, el aporte portaliano había sido el dar unidad "como voluntad de ser" a Chile. Esta apología de Portales refleja, en el pensamiento estanquero, la percepción de una ausencia de proyecto nacional, de un destino común y de una misión para toda la comunidad. Ello pareciera provenir de la falta de una minoría selecta que supiera percibir tales necesidades para devolver unidad y vida al cuerpo social y, por tanto, supiera edificar una nación con sentido de futuro.

La visión de decadencia que se puede inferir de tal interpretación, evidentemente

22. Es 11/10/1947, p.3.

23. Es 24/04/1948, pp.27-28; 18/09/1948, p.13; 09/10/1948, p.3.

24. Es 29/03/1947, p.9.

estuvo relacionada a la situación interna de Chile en el período. No era sólo la presencia comunista amenazante, sino, más grave aún, la pérdida del carácter sano, realista y moral de la política. En el énfasis portaliano, había una exaltación a la “austeridad y probidad” de su símbolo y de su época, frente a la corrupción de la política en ese momento. Como es sabido, los catorce años de hegemonía radical, con sus cambiantes alianzas partidarias, desprestigiaron el ejercicio del poder, el cual pasó a ser asociado a demagogia, politiquería y fraude. De allí que el gobierno -la autoridad- fuera incapaz de hacer, o plantear, las reformas económico-sociales necesarias y actuara de acuerdo a las presiones que recibiera. Los partidos fueron vistos con gran hastío al ser identificados como los causantes de la alta inflación, de la especulación y del racionamiento<sup>25</sup>. Desde la óptica estanquera, esto había ocurrido por el excesivo influjo de las ideologías, de los intereses particulares. De allí que fuera necesario reconstruir el Estado, pues el de ese momento era incapaz de ser el ejecutor del destino nacional, el realizador de la continuidad de la nación.

El estado portaliano a implementarse debía tener ciertos rasgos esenciales. Disponer de la máxima autoridad, independientemente de las masas y de los sectores financieros; ser tradicional, constituyéndose en intérprete de la herencia cultural española y occidental; ser un poder de fundamentos y fines morales que se tradujera en la protección de la cultura humanística y científica de alto nivel y la defensa del espíritu nacional. No ser de derechas ni de izquierdas, pues el grupo dirigente debía emanciparse de su clase en pos

de los intereses comunes; lograr la soberanía política y económica del país y buscar su integración con los demás países iberoamericanos llamados “a un común destino histórico”. Este tipo de Estado no podía realizarse bajo la doctrina de la soberanía popular, sino con una autoridad estable. Esto implicaba una concepción distinta de la libertad, la cual sólo podía existir cuando había una patria -territorio, dinero, valores, riquezas explotadas, etc. - donde hacerlo. Es decir, el Estado autoritario auspiciado por ellos sería el encargado de conducir el destino nacional para salvaguardar aquellos elementos que creaban una patria donde ejercitar la libertad <sup>26</sup>.

Tal propuesta pasaba por una superación del marco político decimonónico acercándose al siglo XX, esto es, readecuarlo a la realidad económico social del momento. En último término, esto significaba la defensa de una tercera vía que superara la división entre liberalismo y marxismo; que hiciera primar la patria a la república, tener el ascetismo y la intransigencia de la milicia y saber armonizar las necesidades económicas y culturales de las masas con la disciplina del trabajo y la libertad con la autoridad <sup>27</sup>. Esta tercera alternativa propuesta por los Estanqueros, mostraba los resabios de la influencia corporativa a la cual ya se ha hecho mención y que, pese al debilitamiento sufrido después de 1945, continuó en estos grupos. El anhelo de armonía social implícito en las ideas señaladas mantenía viva la propuesta de Pío XI, reforzada en los cuarenta con el régimen franquista. Si en los treinta había predominado un corporativismo estatal, los Estanqueros adhirieron a aquel sustentado por Eyzaguirre, esto es,

25. PATRICIO DOONER “La segunda administración de Ibáñez. Un mentís a la tradición democrática de Chile”, D.T. N°30; 1979, CINDE, p.2.

26. Es 23/08/1947, p.14; 30/08/1947, p.12 y 13/09/1947, p.15.

27. Es 15/11/1947, p.25; 22/01/1947, p.16; 29/11/1947, p.16.

aquel que ponía énfasis en las instituciones intermedias y gremiales y que rechazaba la omnipotencia del Estado. Estanqueros abogaba por un gremialismo funcional en el cual las personas se agrupaban conforme al trabajo realizado, dando origen a una sociedad organizada integradoramente. Este gremialismo se entendía como apolítico, apartidista, sólo nacional, el cual sustentado sobre bases patrióticas y revolucionarias, podía salvar la estructura social de Chile<sup>28</sup>. Esta defensa de las corporaciones tenía como sustrato, obviamente, una fuerte crítica al régimen democrático liberal, el cual era identificado por los Estanqueros como un orden meramente formal toda vez que sólo era real en materia jurídica, de instituciones, ocultando su incapacidad. Frente a ese diagnóstico, se proponía rescatar el sentido democrático devolviéndole su contenido de eficiencia, responsabilidad y jerarquía. Así, la democracia sólo sería posible, desde la apuesta estanquera, cuando la mayoría del pueblo fuera lo suficientemente culta para entender y aceptar que una minoría aún más preparada era la que debía gobernar<sup>29</sup>.

En suma, en los estanqueros hubo una mezcla de resabios del nacionalismo chileno tradicional en cuanto su punto de arranque seguía siendo el miedo, aunque con distintas características. La fuerza de los valores espirituales y de las tradiciones nacionales fue, de la misma forma, presentada como la principal arma de salvación, junto con la implementación de un gobierno reflejo de ella. A pesar de mantener un modelo muy similar al propuesto por sus antecesores, la diferencia estuvo en el medio donde fue lanzado, esto es, en pleno marco de deslegitimación del

orden político, con un fracaso económico manifiesto, un desorden social de difícil control y una presencia comunista más cercana. Esto ofreció un terreno más apto para su llamado, el cual pudo tener mayor audiencia dado el cansancio y escepticismo que agobiaba a la sociedad.

En otro plano, los Estanqueros se replantearon el nacionalismo económico de los movimientos precedentes. Si bien ninguno de los grupos estudiados planteó explícitamente el tema de la industrialización como paradigma de desarrollo nacional, su presencia estuvo implícita en sus programas desde que el tema de la autarquía era considerado como fundamental. El proyecto de Estado nacionalista incluía el fin de la dependencia externa y el desenvolvimiento de todos los sectores productivos que permitieran una real soberanía nacional, para lo cual el Estado cumpliría un rol fundamentalmente de estimulador de la iniciativa privada. Al igual que en el ámbito político, los desequilibrios producidos por el modelo de crecimiento hacia adentro por el que se jugó el Frente Popular con la CORFO, desvió el pensamiento nacionalista. En efecto, el énfasis puesto en la creación de una base para el desarrollo de la industria pesada sufrió no sólo la postergación de otras áreas -como la agricultura por ejemplo-, sino también creó nuevos tipos de dependencia esta vez a nivel de insumos. El resultado hacia fines de la década de 1940 no era todo lo esperado, abriendo brechas para nuevas propuestas<sup>30</sup>.

Los Estanqueros criticaron el intento "frente populista" de convertir a Chile en un país eminentemente productor de bienes

28. Es 18/09/1948, p.3; 27/05/1950, p.14; 08/09/1951, p.3.

29. Es 19/07/1947, p.1; 10/01/1948, p.16; 31/01/1948, p.15.

30. Para el tema de la industrialización, Ver LUIS ORTEGA, et al. *CORFO 50 años de realizaciones* (1989); OSCAR MUÑOZ *Chile y su industrialización* (1986) pp.71-147.

manufacturados, por su incapacidad e imposibilidad de alcanzar competencia en los mercados externos. Asimismo, partían de la base que un proceso exitoso de industrialización necesitaba de un amplio mercado interno, lo cual no existía en el caso chileno y tampoco había logrado crearse desde 1939. Las políticas de redistribución del ingreso a través de aumentos salariales sólo habían conducido a una espiral inflacionaria de importantes proporciones, desestabilizando la economía y el orden social. De allí que los Estanqueros abogaran por el aprovechamiento de las ventajas comparativas que Chile tenía en materia de recursos naturales, por lo cual la “acción oficial (debía) concentrar sus esfuerzos sólo en aquellas que ofrezcan las mayores posibilidades de contribuir a un efectivo incremento de la riqueza nacional”. En otras palabras, Chile debía centrar su esfuerzo en producir aquellos artículos de fácil y amplia colocación en los mercados internacionales. Por lo anterior, su propuesta era incentivar el desarrollo de la industria de conservas de fruta, pescados y mariscos, de alto consumo mundial, complementados con el establecimiento de modernas flotas pesqueras. Tal opción, desde su perspectiva, no implicaba aceptar un puesto subordinado a nivel internacional pues “...resignarnos a elaborar maderas, conservas o vinos, no es en manera alguna un motivo de subestimación, ni justifica que nos auto-motejemos de semi coloniales. Lo esencial es tener una economía sólida y estable, y verdaderamente nacional”<sup>31</sup>.

Esta política realista sería complementada con modificaciones a la forma en que se llevaba el comercio exterior, el cual debería ser fortalecido, mientras la Cámara de Co-

mercio se preocuparía de la distribución. El comercio se activaría, a juicio estanquero, con la firme decisión nacional de producir al máximo en todas las actividades, con una administración sana y eficiente del gobierno y con una actitud de servicio de parte de los comerciantes haciendo de la distribución un objeto de servicio y no de lucro. Asimismo, se apoyaba la iniciativa de colonizar algunas provincias del sur para incrementar la producción agropecuaria tanto para consumo interno como para exportaciones; al tiempo que se favorecía una política de cooperativas agrícolas para ayudar a la organización, industrialización de productos, estandarización de la producción y una mayor accesibilidad del crédito a los campesinos<sup>32</sup>.

Todo este plan tenía como sustrato una mayor participación de los gremios, ya fueran patronales -como la Corporación del Comercio y la Producción o la Sociedad Nacional de Agricultura-, y de trabajadores, los cuales tendrían como principio básico la justicia social. Esto significaba una disminución de las tareas del Estado y su ingerencia en áreas, de acuerdo a la visión estanquera, que en el siglo pasado habrían sido consideradas tabú. El afán de pedirle “todo al Estado” debía desaparecer para dar paso a las verdaderas “fuerzas vivas de la nación”.

El último aspecto que se quiere abordar del pensamiento estanquero es el relativo a las Fuerzas Armadas. Aunque hubo otros temas desarrollados por el grupo, éste revistió gran importancia dada la situación de orfandad en el cual se encontraban los militares, siendo los Estanqueros el sector más interesado en repensar su papel. El punto adquiere más relevancia si se piensa en las consecuen-

31. Es 31/05/1947, p.3; 28/12/1946, p.1; 07/06/1947, p.3; 21/06/1947, p.3.

32. Es 28/06/1947, p.8; 25/05/1950, p.3; 20/05/1950, p.3.

cias que dicho distanciamiento entre el mundo civil y castrense tuvo para la historia nacional más reciente.

Como ya se indicó, el constitucionalismo formal al cual adscribieron las instituciones armadas en los años treinta, comenzó a mostrar sus debilidades desde su misma implantación. La política de no deliberación a la que se les empujó, acompañada de un énfasis único en lo profesional, se tradujo en una despreocupación civil por los problemas militares que se prolongó por muchos años. Este primer rasgo de las relaciones cívico-militares fue atacado por los Estanqueros asumiendo la defensa de dichos institutos desde varios puntos de vista. Los problemas económicos por los cuales atravesaba el gobierno intentaron ser parcialmente resueltos a través de una reducción del presupuesto nacional que afectaría principalmente a los sectores públicos. La primera "víctima" sería el ejército a través del licenciamiento de la conscripción mientras se acordaban aumentos para los empleados particulares y algunos del sector público. El acuerdo del gobierno fue interpretado por los Estanqueros como una manifestación de la consigna comunista de la "inutilidad de las Fuerzas Armadas" y de la falta de "memoria" al no recordar los efectos que una medida similar había tenido en 1931. La manifestación de descontento castrense frente a la decisión gubernamental, que alcanzó ribetes de sedición, fue contrapesada con un proyecto de ley de mejoramiento económico que, curiosamente, no respetó las jerarquías internas, no satisfaciendo sus demandas. El asunto era bastante serio pues el gobierno había asumido el compromiso de mejorar su situación a

partir de enero de 1946, promesa incumplida que intentó ser saldada en 1947 con una gratificación de cuatro meses de sueldo del año anterior.

Esta falta de visión acerca del problema real que afectaba a estas instituciones preocupaba hondamente a los Estanqueros, no sólo por su cercanía espiritual con ellas sino también por las consecuencias que podía acarrear. La carrera militar, como una de las pocas profesiones totales, exige absoluta dedicación de sus miembros por lo que cualquier otra actividad para superar sus deficiencias está excluida. Las dificultades económicas que afectaban a los uniformados, especialmente a los bajos escalafones, llevaban un perjuicio en la preparación de éstos al distraerse en otras actividades. También la vocación se veía afectada toda vez que no podía invocarse como condición de privación la situación del erario nacional que los sometía a una pobreza permanente. La pronta solución a los bajos salarios de sus miembros era urgente pues de ello también dependía uno de los pilares del constitucionalismo formal: la no deliberación<sup>33</sup>.

Frente a lo anterior, Estanqueros propuso una "solución integral", la cual implicaba una reorganización de la administración pública, de las Fuerzas Armadas de acuerdo a las experiencias y exigencias de la Segunda Guerra cotejada con la situación chilena. Ella también incluía una política general de sueldos para toda las administraciones fiscales, revisión de asignaciones, gratificaciones y remuneraciones en el exterior. La realidad castrense debía tener una pronta resolución si se pretendía seguir haciendo gala del profesionalismo militar.

33. Es 30/11/1946, p.5; 11/01/1947, pp.6-7; 01/09/1951, pp.8-9.



Esta preocupación estanquera por las Fuerzas Armadas, indujo al grupo a una reflexión acerca de la mantención de ellas en un país donde las posibilidades reales de un conflicto estaban lejanas. Esta evaluación los hizo retomar la tradición guerrera “gloriosa” del Chile de antaño, afirmando que el espíritu de milicia y de religión eran los dos grandes imperativos de un alto destino para un pueblo. El ambiente de antimilitarismo dominante en el país conducía a remitir la existencia de los ejércitos a la mera función de prevenir el eventual peligro de una guerra, con lo cual los institutos armados aparecían totalmente inadecuados e inútiles a la realidad nacional. Frente a esta “incomprensión” del significado de las Fuerzas Armadas, Estanqueros proponía un renacimiento del sentido militar de la vida, que cada hombre volviera a sentirse un soldado de la causa nacional común, a despertarse una actitud vital de servicio patrio, a reafirmar la fe en un Chile como unidad histórica con un destino “insoslayable”.

Esta revaloración de los institutos castrenses supuso, entonces, un replanteamiento de su función social. Esta partía por insistir en superar la estrecha concepción de ellos como centros de instrucción para los conflictos bélicos y empezar a verlos como base de “sustentación del régimen democrático”, lo cual equivalía a darles la tarea de proteger a la nación de cualquier amenaza a su seguridad exterior e interior. Era lícito, desde la óptica estanquera, la lucha contra el enemigo interno que intentaba demoler la organización jurídica haciendo uso legítimo de la fuerza, pues la norma legal era la base de la existencia de dichas instituciones. El ejército era algo más que uniformes e instrumentos de represión, era la columna vertebral de la nación: la raza.

De estas apreciaciones se concluía la necesidad de ampliar las funciones que dichos institutos debían cumplir en la sociedad. Al fusil debían sumar, alternadamente, la pala para educar al contingente que recibían cada año, no sólo en conocimientos militares, sino también en “servicio a la patria por medio del trabajo”. La vocación militar de defensa de la integridad nacional, obligaba al ejército a trasladar su ejemplo a todos los campos de la vida popular, al hacer del fusil y de la pala las dos herramientas de edificación de la patria”. El mayor campo de acción tendría un efecto moralizador, de servicio al trabajo y de eficacia patriótica entre el pueblo que acudía anualmente a los cuarteles militares. De allí la importancia de robustecer el Servicio Militar Obligatorio evitando su evasión, al tiempo que se fortalecía a unas instituciones armadas en plena etapa de incertidumbre <sup>34</sup>.

Este discurso estanquero apuntaba a una redefinición del rol castrense. A las propuestas de reducir las, el grupo oponía su adaptación a las exigencias de la época, a las necesidades y conveniencias del país sin desconocer su labor de defensa externa. Esta propuesta es clave, sobre todo por el momento en que fue hecha.

Los años cuarenta se caracterizaron por la búsqueda que dichos organismos estaban haciendo por especificar su rol dentro de la sociedad. La ausencia de un proyecto desde la civilidad dio lugar a una autopropuesta que las situó como escuelas democráticas, como funcionales al gran capital y como “escuelas donde se forja el hombre y el trabajador del futuro” <sup>35</sup>. El interés castrense en integrarse al proceso de desarrollo nacional encontró en los estanqueros su más fervoroso aliado, poniendo en el centro del debate un

34. Es 08/02/1947, p.10; 30/06/1951, p.9; 14/07/1951, p.3; 27/09/1947, p.14; 20/09/1947, p.9.

35. VARAS, Chile..., pp.80-82.

problema que se arrastraría por décadas y que intentaría ser resuelto a través de la fuerza. Así, el constitucionalismo formal que marginó al mundo militar del civil, terminó siendo una “camisa de fuerza” de difícil mantención, que buscó por años una forma de liberación y de integración.

En síntesis, el contexto histórico de la post-Segunda Guerra fue un aliciente importante para el pensamiento nacionalista en peligro de desaparición tras la caída de los

totalitarismos fascista. La nueva polarización del mundo obligó al nacionalismo chileno a replantearse en términos ideológicos madurando algunas propuestas antes difusas e incorporando nuevos protagonistas al proyecto de salvación nacional. La necesidad de unir propuesta “política” y liderazgo, consolidó a la única figura que podía encabezar ambas. Bajo la consigna de “la escoba”, Carlos Ibáñez del Campo se convertiría en el legítimo exponente de Chile en busca de su destino histórico.

## EPILOGO

La lucha de los diferentes grupos nacionalistas por introducir modificaciones al sistema y a la forma de hacer política, no encontró suficiente eco en la sociedad durante los catorce años que se han examinado sucintamente. Esta falta de arraigo social, que por cierto no aminoró su poder proyectual, hizo del nacionalismo una corriente mas bien marginal que mantuvo, sin embargo, en estado de latencia ciertos principios que comenzarían a adquirir relativa importancia con el correr de los años y de la experiencia frente populista.

La alianza multclasista y plurideológica gobernante, no dio una respuesta satisfactoria a las múltiples esperanzas que despertó su constitución y llegada al poder. Hacia comienzos de la década de 1950 la estrategia frente-populista se hallaba fuertemente desgastada tanto por sus fracasos programáticos como por la crisis de legitimación que la acompañó. Tanto los desequilibrios económicos producidos por la política de industrialización, como el atraso del sector agrícola crearon problemas de abastecimiento y de precios, generando un clima de real descontento. El fracaso en la política de distribución de ingresos, el crecimiento desmesurado de la burocracia estatal, las prácticas de nepotismo y fraude, llevaron a los partidos miembros del Frente Popular -especialmente al Partido Radical- a una situación de desgaste y deslegitimación frente a la sociedad, la cual se expresó con fuerza en la elección presidencial de 1952 <sup>1</sup>.

Las críticas despertadas por las colectividades partidarias fueron puestas de manifiesto ya en 1949, cuando el general Carlos Ibáñez del Campo ganó la senaturía por Santiago en las elecciones parlamentarias de ese año. El otrora dictador y más tarde líder de los grupos nacionalistas, alcanzó su primer triunfo en las urnas después de 17 años de haber sido expulsado del poder. Ibáñez personificaba aquellas virtudes de probidad y don de mando que habían sido minadas por la política negociadora de los años cuarenta, al tiempo que era visto como sinónimo de la idea de progreso material, rasgos que lo llevaron a capitalizar el descontento.

Cuando a fines de 1950 Ibáñez decidió presentar su candidatura presidencial para 1952, los Estanqueros -junto con una fracción del Partido Agrario Laborista y grupos políticos pequeños- se sumaron entusiastamente a ella, con lo cual Ibáñez retomó su liderazgo dentro de estas agrupaciones. La plataforma eleccionaria ibañista se sustentaba en una ácida crítica a los partidos, prometiendo la "regeneración" de los hábitos políticos, la detención de la inflación y del desorden social, el restablecimiento de la dignidad del poder y la recuperación de la prosperidad y grandeza de Chile, a través de la formación de un amplio movimiento nacional <sup>2</sup>.

Al momento de anunciarse la candidatura, los Estanqueros se sintieron plenamente identificados con Ibáñez pues él encarnaba los "imperativos portalianos de eficiencia,

---

1. Para el fracaso del Frente Popular, Ver DOONER, op. cit. pp.2-5; FEDERICO GIL, *El sistema político de Chile* (1969), p.207; ALBERT HIRSCHMAN, *Estudios sobre política económica en América Latina* (1964).

2. CARLOS IBÁÑEZ, *Lo que haremos por Chile* (1952). Aunque el Partido Agrario Laborista fue el más importante de las colectividades nacionalistas que acompañaron a Ibáñez, no ha sido considerado por estar fuera del marco de este estudio. También por el hecho que en su interior coexistían variadas tendencias, siendo la nacionalista, una de ellas. Cristián Garay, *El Partido Agrario Laborista* (Stgo., 1990).

honradez y austeridad en la administración; justicia y trabajo en el pueblo; apartidismo y criterio nacional en los estadistas; espíritu social, progresismo y producción en el capital; servicio público, selección y patriotismo". Para el pensamiento estanquero, Ibáñez tenía el mérito de prometer independencia partidaria y no repudio a los partidos, con lo cual sólo sería un "equilibrador" en las luchas políticas. Su sola candidatura significaba, de acuerdo a la óptica del grupo, el inicio del éxito de los principios preconizados por ellos durante cuatro años, revelando la penetración que el "lenguaje nacional" iba logrando en la vida institucional <sup>3</sup>.

La crisis estructural que afectaba a Chile a principios de los cincuenta, ofreció el terreno propicio para que el pensamiento nacionalista empezara a encontrar un cauce y sus principios fueran incorporados en alguna medida. Aunque no superó su falta de llegada a la sociedad, la situación del momento permitió su inclusión dentro de un proceso más general. El cansancio e incredulidad que invadía a la sociedad chilena en el período, la llevó a rechazar cualquier imagen asociada al continuismo de las prácticas políticas. El auge ibañista a principios de los cincuenta fue la manifestación de la caducidad de ellos. Los llamados a la depuración hechos por Ibáñez se insertaban dentro del contexto de decadencia general, lo cual coincidió plenamente con los postulados nacionalistas fortaleciéndolos de paso.

La derrota de la apuesta "izquierdista" asociada al Frente Popular, acentuó el discurso espiritualista frente a la "ola materialista" que había estado predominando. De allí que se produjera una coincidencia más

entre el candidato presidencial y los Estanqueros, cuando ambos insistieron en la necesidad de un retorno a los valores espirituales centrados en la religión. Aquí la influencia del hispanismo como principio se hacía evidente, conjuntamente con lo que ello significaba para el contexto iberoamericano. Tanto para Ibáñez como para los Estanqueros España constituía el puente lógico para una relación iberoamericana exitosa, "considerando los vínculos de raza, tradición y lengua" <sup>4</sup>. Este fervoroso hispanismo iberoamericanista debemos situarlo, por cierto, en un marco de auge tanto de Francisco Franco en España; como de Juan Domingo Perón en Argentina, que vitalizaban el lazo con España, pero también la figura de la fuerza; esto es, de los militares como máximos símbolos del interés nacional. En ese sentido, Ibáñez podía convertirse también en el artífice de un gran movimiento de renovación que implicaría una sociedad más justa y una más sana convivencia. Estanqueros pensaba que la victoria ibañista significaría el triunfo de los principios y valores sustentados por ellos; sería la hora del nacionalismo. De allí que esperaban una acción vigorosa de parte de su caudillo, una vez instalado en el gobierno. En el terreno político, debería organizar el Estado con una combinación de presencia basada en el sufragio como corporativa. El gremio, jurídicamente estructurado y jerarquizado, debería ser considerado esencial en la organización política. En el ámbito económico debía emprenderse una acción triple: reformar el régimen administrativo y tributario; evitar la "prepotencia del funcionario" público pero sin "privar al Estado de su rol tutelar en el proceso económico"; evitar, asimismo, la formación de grupos privilegiados con excesivo poder, "de trust de capitalistas y de

3. Es 25/11/1950, pp.6-7.

4. Es 26/07/1951, pp.16-18: "Entrevista al General Ibáñez".

agremiaciones asalariadas”, lo cual debía ir acompañado, en materia social, por una legislación adecuada. Esto sólo podría lograrse con un gobernante sin compromisos, libre de “prejuicios del socialismo marxista como de los intereses de un grupo omnipotente”<sup>5</sup>.

Los ojos de los nacionalistas estaban en el que debería ser el gestor, el ejecutor de un programa que había estado esperando largo tiempo y para el cual sonaba su hora. El antiguo líder del nacionalismo, que había

realizado sucesivos intentos fallidos por alcanzar el poder, lograba al fin su “reencuentro con la historia”. El 4 de septiembre de 1952, Ibáñez obtuvo la primera mayoría relativa, logrando el 46,8% del total de votos y derrotando a los candidatos de la derecha, el centro y la izquierda política. Los “independientes” y defensores del antipartidismo habían triunfado y llegado al poder, al menos en teoría, de la mano de un nacionalista, de un militar.

---

5. Es 26/07/1952, pp.19-26. Declaraciones del líder estanco, Jorge Prat.

## CONCLUSIONES

El período comprendido en el presente estudio constituyó un marco temporal especial para la corriente analizada, toda vez que en ella el nacionalismo probó sus ansias de permanencia a pesar de los ataques recibidos desde distintos ángulos. Luchando contra un posible peligro de desaparición, los auspiciadores de las fuerzas del espíritu, de la raza, de la lengua y de la tradición se dieron a la tarea de hacer de su opción una propuesta más dentro del espectro político. Tal decisión implicó pasar por distintas etapas, sufrir diversos embates y buscar determinados referentes ideológicos para insertarse en un movimiento más global. De allí que se pueda ser testigo de un nacionalismo fuertemente ligado al fascismo europeo, con un marcado militarismo en algunos momentos, más o menos americanista, más vinculado a España, poniendo mayor énfasis en la cuestión religiosa o acercándose, más o menos, a ciertas instituciones nacionales en otros. Lo interesante es que al cabo de ese devenir, el nacionalismo pudo exhibir una mayor madurez a nivel de proyecto, definiendo mejor sus aspiraciones. El modelo portaliano vagamente perfilado en un comienzo, se fue convirtiendo realmente en tal a medida que el nacionalismo evolucionaba conjuntamente con los vaivenes de la vida nacional e internacional. Las Fuerzas Armadas, desde otra óptica, fueron lentamente incorporadas al ideario de estos grupos, los cuales comenzaron a repensar su papel en la política del país y dentro de ciertos márgenes institucionales. Este camino recorrido por la corriente nacionalista fue consolidando lentamente una vertiente política de corte autoritario que optó por una democracia funcional como el mejor sistema, introduciendo conceptos que tendían a hacer de ella un orden más restringido y menos plural. Los conceptos de jerarquía, orden y disciplina fueron penetrando el ideario de

distintos partidos que vieron fracasados sus intentos de una mayor justicia social, en algunos casos, o de contención del descontento, en otros. En ese plano, parte del programa nacionalista empezó a ser valorado, aunque a largo plazo.

Aunque su proyecto se aclaró, su deficiencia principal subsistió: la falta de arraigo en la sociedad civil. Este es el plano más conflictivo del fenómeno nacionalista chileno, pues es de muy difícil resolución no habiendo sido abordado por nadie. Es posible, por el momento, sólo conjeturar algunas hipótesis dada la necesidad de un análisis más detenido. Es probable que su debilidad se halle relacionada con su asociación al fascismo, lo cual aminoró sustancialmente sus posibilidades de éxito. La notable influencia del nazismo en el caso del Movimiento Nacional Socialista marcó a la vertiente nacionalista, no pudiendo desprenderse totalmente de tal signo. Sabemos que el nacionalismo chileno no fue fascista en todos sus momentos, que el orden, el corporativismo y el funcionalismo no son privativos de esos movimientos. No obstante, la fuerza de su imagen oscureció las otras influencias.

Otra alternativa podría estar vinculada a la neutralización relativamente pronta del peligro de subversión izquierdista, la cual nunca se convirtió en una amenaza real. Primero por la represión aplicada en tiempos de Alessandri, posteriormente por la misma institucionalización que implicó la política frente populista y, por último, por la rehabilitación de las Fuerzas Armadas como garantes del orden interno. En ese contexto de transacción y conciliación política, el nacionalismo no tenía cabida porque además parte de su programa -sobre todo en aspectos económicos- estaba también en otras colectividades en el poder.

Una tercera opción, con mayores posibilidades de exploración, es la ausencia de un marco propicio tal como ocurrió en Europa, que permitió al discurso nacionalista contenido en el fascismo tomar alas. Esto es, el entorno de ofensa inferida y por tanto, de necesidad de reparación. Tanto en el caso italiano como en el alemán había una deuda con la guerra de 1914 que necesitaba resolverse para recuperar la paz nacional, con los nuevos tipos humanos surgidos de ella. Esta urgencia de redención nacional no estuvo presente en el caso chileno, razón por la cual las “emociones” que el nacionalismo requiere excitar y en las cuales se basa, no pudieron ser despertadas, careciendo por tanto de uno de sus pilares fundamentales. Si el nacionalismo defiende los “derechos de la fantasía” y del sentimiento, no basta con aludir a ellos constantemente en sus discursos haciendo hincapié en lo espiritual; es necesario activar las fibras de la sensibilidad para movilizar a la sociedad tras objetivos diseñados. Esto sólo podía conseguirse con razones concretas y reales, susceptibles de ser utilizadas para estimular los sentimientos, escenario ausente en el caso chileno.

Con todo, el ideario nacionalista logró mantener subterráneamente sus principios, en estado de latencia, esperando el momento propicio para introducirlos. Por ello las coyunturas históricas que le tocó afrontar fueron usadas para su beneficio, vitalizándolo: primero el fascismo, luego el anticomunismo y más tarde la crisis del sistema político chileno hacia el final de la experiencia del Frente Popular. De allí que haya sido el propio contexto del momento el que potenció al nacionalismo, inyectándole las energías necesarias en los momentos precisos para asegurar su mantención. Desterrados a los límites del sistema, los movimientos nacionalistas han defendido su derecho a existir y

a permanecer como la reserva de “ideales eternos” a los cuales se puede recurrir tanto para cuestionar como para reestructurar o defender un determinado orden. En esa perspectiva, pueden convertirse en un arma necesaria para determinados propósitos o cuando la amenaza alcance la cercanía suficiente como para que el miedo pueda extenderse a otros sectores sociales, otorgándole nuevos bríos. La magnitud que puedan alcanzar en esos momentos críticos será utilizada para otros fines de más largo alcance, dándole al nacionalismo un carácter instrumental y coyuntural, el cual tenderá a desaparecer junto con la crisis.

El impacto a nivel ideológico, no obstante, rebasa su desplazamiento como actor principal. Pese a su exiguu éxito en el plano del proselitismo político, sus planteamientos han logrado un alcance más vasto. Es cierto que el sistema político tradicional ha logrado imponerse defendiendo a la democracia liberal como su mejor expresión y las alianzas político-partidarias como una exitosa estrategia para realizar los cambios, aminorando la presencia real adquirida por el nacionalismo en otros momentos. Sin embargo, lo que no se ha neutralizado, en la práctica, es la influencia del ideario nacionalista. Al contrario, éste ha ido ocupando cada vez mayores espacios dentro de la política general al encontrar aliados en grupos sociales, económicos, e incluso políticos, que han ido alcanzando gran poder hacia el final del siglo.

Tanto el “éxito” que ha acompañado a la política económica de los últimos veinte años, parte de la propuesta nacionalista treinta años antes, como el énfasis actual en las “democracias protegidas”, demuestran un efecto en el plano de las ideas mucho más profundo que el supuesto hasta ahora.

## FUENTES Y BIBLIOGRAFIA

### FUENTES

#### Manuscritas:

- Archivo del Ministerio del Interior (1938-1947).

#### Impresas:

- **Diarios y Periódicos**
  - **Acción por Chile**
  - **Bandera Negra**
  - **Boletín Nacionalista**
  - **Civilización**
  - **Combate**
  - **El Diario Ilustrado**
  - **El Mercurio**
  - **El Nacionalista**
  - **El Sol**
  - **La Patria**

#### Revistas:

- **Ercilla**
- **Estanquero**
- **Que hubo**

#### Documentos Políticos:

- **Movimiento Nacionalista de Chile El Movimiento Nacionalista de Chile pide tu concurso (1940).**
- **Partido Nacional Fascista Plan de Acción (1939).**
- **Unión Nacionalista Habla JUAN GOMEZ MILLAS (1942).**
- **Unión Nacionalista El pensamiento de la Juventud Nacionalista (1942).**

#### Bibliografía:

- **RODRIGO ALLIENDE, El Jefe (Santiago, 1990).**

- **RAUL ATRIA, "Tensiones sociales y crisis económica: el caso chileno 1920-1938", Estudios Sociales N°1, 1973.**

- **CHARLES BETTELHEIM, La economía alemana bajo el nazismo (Madrid, 1977) Vol. 2.**

- **GONZALO CATALAN, Notas sobre proyectos autoritarios corporativos en Chile: la Revista Estudios 1933 - 1938 (Santiago, 1978).**

- **RENATO CRISTI Y CARLOS RUIZ, El pensamiento conservador en Chile (Santiago, 1992).**

- **FEDERICO CHABOD, La Idea de Nación (México, 1987)**

- **PATRICIO DOONER "La segunda administración de Ibáñez. Un mentís a la tradición democrática de Chile", Doc. N°30, CINDE, 1979.**

- **PAUL DRAKE, "Corporatism and Functionalism in Modern Chilean Politics", Journal of Latin America Studies, 10, I, 1983.**

- **PAUL DRAKE, Socialism and Populism in Chile, 1932 - 1952 (University of Illinois Press, 1986).**

- **CARMEN FARIÑA, "Pensamiento corporativo en las revistas "Estanquero" (1946 -1955) y "Política y Espíritu" (1945 - 1975), Revista de Ciencia Política, N°12, 1990.**

- **JULIO FAUNDEZ, Izquierdas y democracia en Chile: 1932 - 1973, (Santiago, 1992).**

- **JOAQUIN FERMANDOIS, "Guerra y hegemonía 1939 - 1943: un aspecto de las relaciones chileno-norteamericanas", Estudios Históricos, N°10, 1989.**

- **CRISTIAN GARAY, El Partido Agrario Laborista (Santiago, 1990).**



- FEDERICO GIL, **El sistema político de Chile** (Santiago, 1969).
- HERNAN GODOY, "El pensamiento nacionalista a principios del siglo XX", **DILEMAS**, 1973.
- ALBERT HIRSCHMAN, **Estudios sobre política económica en América Latina** (Madrid, 1964).
- GUILLERMO IZQUIERDO A., **Democracia y corporativismo** (Santiago, 1936).
- CARLOS IBAÑEZ, **Lo que haremos por Chile** (Santiago, 1952).
- ALFREDO JOCELYN-HOLT, "La idea de nación en el pensamiento liberal chileno del siglo XIX", **Opciones**, N°9, 1986.
- HONS KOHN, **El nacionalismo: su significado y su historia** (Buenos Aires 1966).
- ERNESTO LACLAU, **Política e ideología en la teoría marxista: Capitalismo, Fascismo y Populismo** (Madrid, 1986).
- RAINER LEPSIUS, "El liderazgo carismático: el modelo de MAX WEBER y su aplicabilidad al régimen de Hitler", **Opciones**, 1988.
- CARLOS MALDONADO, "El constitucionalismo formal en las Fuerzas Armadas chilenas: 1931-1938", **Flacso**, D.T. N°55, 1988.
- CARLOS MALDONADO, "El ACHA y la proscripción del Partido Comunista", **Flacso**, D.T. N°60, 1988.
- MANUEL MARFAN, "Políticas reactivadoras y recesión externa: Chile 1929-1938", **CIEPLAN**, N°12, 1984.
- TOMAS MOULIAN, **Discusiones entre honorables** (Santiago, 1986).
- OSCAR MUÑOZ, **Chile y su industrialización** (Santiago, 1986).
- ERNST NOLTE, **El fascismo en su época** (Barcelona, 1967).
- ERNST NOLTE, **La crisis del sistema liberal y los movimientos fascistas** (Barcelona, 1971).
- ARTURO OLAVARRIA, **Chile entre dos Alessandri** (Santiago, 1962).
- RENE OLIVARES, **Derrotado** (Valparaíso, 1934).
- LUIS ORTEGA et. al., **CORFO 50 años de realizaciones** (Santiago, 1989).
- RICARDO PEREZ MONTFORT, **Hispanismo y Falange** (México, 1992).
- CRISOSTOMO PIZARRO, **La huelga obrera en Chile** (Santiago, 1986).
- RODOLFO PUIGGROS, **El Peronismo: sus causas** (Buenos Aires, 1972).
- CARLOS RAMA, **Nacionalismo e Historiografía en América Latina** (Madrid, 1981).
- HERNAN RAMIREZ N., "El fascismo en la evolución política de Chile hasta 1970", **Araucaría de Chile**, 1978.
- ALAIN ROUQUIE, **Poder militar y sociedad política en la Argentina** (Argentina, 1981).
- ERWIN ROBERTSON, "Ideas nacionalistas chilenas: 1910 - 1966", Tesis para optar al grado de Licenciado en Ciencias Jurídicas, U.CH., 1978.
- ERWIN ROBERTSON, **El nazismo chileno**, (Santiago, 1986).
- MARIO SZNAJDER, "El nacional socialismo chileno de los años treinta", **Mapocho**, N°32, 1992.
- HELGIO TRINDADE "El fascismo brasileño en la década del 30: Orígenes histó-

- ricos y base social del Integralismo (1932-1937)", **Desarrollo Económico**, 1975.
- VERONICA VALDIVIA O. de Z., **La Milicia Republicana. Los civiles en armas, 1932 - 1936** (Santiago, 1992).
  - VERONICA VALDIVIA O. de Z., "Las Milicias Socialistas (1934-1941)", **Mapocho**, N°33, 1993.
  - VERONICA VALDIVIA O. de Z., "Las nuevas voces del nacionalismo chileno: 1938-1942", **Boletín de Historia y Geografía**, N°10, 1993.
  - MARIO VALDES, "Las reacciones chilenas frente al espionaje alemán durante la Segunda Guerra Mundial, 1939-1945", Tesis para optar al grado de Magister en Historia, U.CH., 1988.
  - AUGUSTO VARAS, **Chile, Democracia, Fuerzas Armadas** (Santiago, 1980).
  - AUGUSTO VARAS, "Civiles y Militares", **Proposiciones**, N° 24, Problemas Históricos de la Modernidad en Chile Contemporáneo, Sur, 1994.
  - PETER WALDMAN, **El Peronismo, 1943-1955** (Buenos Aires, 1981).
  - FRANCISCO WEFFORT, **Clases populares y desarrollo social** (ELAS, 1970).
  - JORGE ZENTENO, "El Movimiento Nacional Socialista de Chile: Teoría y Acción Política: 1932 - 1938", Tesis para optar al título de Profesor de Estado, U.M.C.E., 1988.
-